

Selección TERROR

LOS COLMILLOS DEL DIABLO

Joseph Berna



JOSEPH BERNA

LOS COLMILLOS DEL DIABLO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 517

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN:

512 —El amigo de las culebras, *Joseph Berna*

513 —Hablaba desde el Más Allá, *Ada Coretti*

514 —La muerte gris. *Burton Hare*

515 —Cuando tiemblan los Cipreses. *Curtis Garland*

516 —Horror a la vista. *Ada Coretti*

ISBN: 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 38.315-1982

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1983

1ª edición en america: julio, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPITULO PRIMERO

Barry Lexter, periodista del London Express, intuía que su novia le recibiría de uñas, porque hacía varios días que no le había visto el pelo.
Para aplacar su furia inicial, le había comprado un precioso ramo de flores y una gran caja de bombones. Sabía que ambas cosas le encantaban a Vanessa, y ayudarían a que se le pasara pronto el lógico enfado.
Barry sostuvo las flores y los bombones con su brazo izquierdo, y con la mano derecha extrajo la llave del apartamento de su novia, que seguidamente introdujo en la cerradura.
Encontró alguna dificultad para ello, lo cual le extrañó, pues habitualmente lograba introducir la llave en el ojo de la cerradura sin ningún problema.
La extrañeza del periodista se acentuó al ver que no podía hacer girar la llave. Temeroso de que se partiera, al forzarla, la sacó de la cerradura y la examinó, pensando que tal vez se había equivocado de llave.
Pero no.
Aquélla era la llave del apartamento de Vanessa Cronin.
¿Por qué demonios no podía abrir, pues...?
Barry Lexter no supo qué responderse, así que se guardó nuevamente la llave en el bolsillo y pulsó el timbre. Apenas lo hizo sonar, cogió el ramo de flores con la mano derecha y sus labios formaron una sonrisa especial para novias enfurecidas.
El periodista contaba veintinueve años de edad, y era un tipo alto, fuerte, atlético, atractivo. Tenía el pelo oscuro, abundante y ensortijado. Vestía un traje claro y una moderna camisa de cuello abierto.
Transcurrió un minuto entero, y Vanessa no acudía a abrir, por lo que la sonrisa especial de Barry, para novias enfurecidas, empezó a enfriarse.
¿Se habría acostado ya, Vanessa...?
Era un poco tarde, desde luego, pero no tanto como para pensar que su novia se hubiese metido ya en la cama. Además, a Vanessa le gustaba mucho la televisión, y solía verla hasta el noticiario de las doce.
Intrigado, Barry pulsó de nuevo el timbre.
Como ahora tenía ambas manos ocupadas, utilizó la nariz.
Habrían transcurrido otros treinta segundos más, cuando la puerta se abrió, pero apenas diez centímetros. La cadena de seguridad no dejó que se abriera un solo centímetro más.
Por el hueco asomó un rostro bonito, enmarcado en brillante y sedosa

cabellera rubia. Los ojos, intensamente azules, eran ligeramente rasgados y estaban protegidos por un par de larguísimas pestañas. Los pómulos, altos y marcados, eran elegantes, como los labios, finos, suaves, perfectamente trazados.
—¿Qué vende usted? —preguntó la joven, en tono adusto.
Barry Lexter parpadeó, desconcertado.
—Vanessa... —murmuró.
—¿Cómo sabe mi nombre?
—¿Qué?
—Lo leyó en mi buzón, seguro.
—¿Buzón?
—Lo siento, pero les tengo manía a los vendedores. Especialmente, a los que hacen el
turno de noche —gruñó la muchacha, y cerró la puerta con brusquedad.
Barry Lexter parecía una estatua.
Estaba muy quieto, tenía la boca abierta, y ni siquiera pestañeaba.
Permaneció así casi un minuto, sin comprender nada.
Después, acercó nuevamente la nariz al botón del timbre y lo oprimió.
Esta vez, la puerta no tardó tanto en abrirse.
—¿Todavía sigue ahí...? —exclamó la monada rubia, ceñuda.
—¿A qué estás jugando, Vanessa?
—¿Quién está jugando?
—¿Por qué finges que no me conoces?
—No estoy fingiendo. No le conozco de nada, es la primera vez que le veo. Y me gustaría
que fuera la última.
La perplejidad del periodista iba en aumento.
—Soy Barry, Vanessa...
—No conozco a ningún Barry.
—Barry Lexter...
—Tampoco me suena lo de Lexter.
—Pero si tú y yo somos...
—¿Qué somos usted y yo?
—Novios, Vanessa.
—Eso quisiera usted.
—Huy, me parece que a ti te han lavado el cerebro, Vanessa...
—A mí nadie me lava nada. Ya soy mayorcita, y puedo lavarme sola.
—Entonces, es que te han hipnotizado...
—Como chiste, pase.
—¡Pero qué chiste ni qué trasero de mono! —estalló Barry.
—¡Oiga, el trasero de mono lo tendrá su tía! —replicó la muchacha.
—¡Ya está bien de tomaduras de pelo, Vanessa! ¡Abre la puerta ahora mismo!

—¡Ni lo sueñe! ¡Y haga el favor de no tutearme, que usted y yo no hemos comido sopa
juntos, que yo sepa!
—¡Hemos comido sopa, fideos, ensaladilla rusa, e incluso arroz chino con palillos!
—¡Yo no sé comer con palillos! ¡Y con los rusos no quiero nada, que no soy comunista!
—¡Maldita sea! ¡Abre en seguida o cargo contra la puerta! —amenazó el periodista.
—¿A que llamo a la policía, so chulo? —amenazó a su vez la joven.
—¡Basta, Vanessa! ¡No aguanto más!
—¡Lo mismo te digo, Barry!
—¡Vaya, menos mal que has recobrado la memoria!
—¡Estoy hasta las narices de ti, Barry!
—¿Por qué motivos?
—¡Porque sólo vienes a verme cuando te pasa por los...!
—¡No sueltes tacos, Vanessa!
—¡Soltaré los que me dé la gana!
Barry Lexter tosió.
—He tenido mucho trabajo, Vanessa. Por eso no he venido a verte.
—¡Excusas!
—El London Express es un periódico importante, Vanessa, y los periodistas tenemos que estar siempre a la caza de la noticia, lo que nos obliga a viajar constantemente.
—¡Una semana es demasiado, Barry!
—¿Tanto...?
—¡Sí, hacía exactamente siete días que no venías por aquí!
—No tengo perdón.
—¡Lo que no tienes es vergüenza!
—Soy muy profesional, eso es lo que pasa.
—¡Confiesa que tienes una amiguita!
—¿Yo... ?
—¿Es morena? ¿Pelirroja? ¿O tal vez castaña...?
—No me interesa ninguna otra mujer, y tú lo sabes.
—Yo tampoco te intereso mucho, por lo que veo.
—Déjame entrar, y te demostraré que estás equivocada.
Vanessa Cronin movió la cabeza.
—No volverás a poner los pies en mi apartamento, Barry. La llave que te di puedes tirarla a la basura. He cambiado la cerradura.
—Con razón no pude abrir —rezongó el periodista.
—Lo nuestro ha terminado, Barry.
—Vanessa, cariño...
—No me vengas con palabras tiernas. No te servirán de nada.
—Te quiero, y sé que tú también me quieres.

—A fuerza de no verte, o de verte muy poco, mi amor por ti se ha esfumado.
—Te veré más a menudo, te lo prometo.
—¿Y quién se fía de tus promesas?
—Vanessa, por favor...
—No insistas, Barry. Mi decisión es firme.
—¿Y qué hago con las flores?
—Comértelas.
—¿Y con los bombones...?
—Tirarlos.
—Si no te importa, lo haré al revés —carraspeó Barry—. Tiraré las flores y me comeré los bombones. Están rellenos de licor...
Los ojos de Vanessa brillaron.
—¿Rellenos de licor, dices? —murmuró.
—Oh, sí. Me han costado un ojo de la cara, y las pestañas del otro. Cuando se trata de ti, no reparo en gastos, ya lo sabes.
Vanessa reprimió una sonrisa.
—No puedo permitir que te los comas todos tú. Pillarías una tremenda borrachera.
—Déjame entrar, y nos emborracharemos los dos.
—Sí, será una bonita manera de celebrar la ruptura de nuestras relaciones —repuso Vanessa, con ironía, y desenganchó la cadena de seguridad.
Barry penetró en el apartamento de su novia.
Vanessa cerró la puerta y lo miró.
Iba en bata, y Barry adivinó que no llevaba absolutamente nada debajo de ella. Por la abertura, asomaban sus largas y excitantes piernas, y por el escote, sus hermosos senos, que él tantas veces había besado y acariciado.
—Pasa al living, Barry —indicó ella.
—Sí.
El periodista fue hacia allí, seguido de su novia.
El televisor estaba funcionando, pero Barry no le prestó ninguna atención, porque le interesaban más otras cosas. Se despojó de la chaqueta, se sentó en el sofá, y abrió la caja de bombones, dejándola sobre la pequeña mesa de cristal ahumado. El ramo de flores también descansaba sobre ella.
—Cuando quieras empezamos a empinar el codo, Vanessa —dijo, sonriente.
Ella se sentó a su lado, cogió un bombón, y se lo llevó a la boca.
—¡Huy, qué delicioso está!
—¿De qué es? —preguntó Barry.
—¡De whisky!
—A ver si pillo yo otro.

El periodista cogió un bombón de la caja y le hincó el diente.
—¡Fantástico! —exclamó.
—¿También es de whisky...?
—¡No, el mío es de vodka!
Se echaron a reír los dos alegremente.
De pronto, Barry deslizó sus manos por la cintura de su novia.
Ella se puso seria.
—No me toques, Barry.
—Creí que se te había pasado el enfado.
—Pues no es así. Te dejé entrar porque me chiflan los bombones. Especialmente, los rellenos de licor.
—A mí me chiflas tú, aunque no estés rellena de nada.
—No me beses o te morderé.
—Cómeme entero, si quieres.
—No eres un bombón.
—Tú sí lo eres —piropeó el periodista, y besó la preciosa boca de su novia.
Vanessa no hizo nada por impedirlo.
Y, por supuesto, tampoco le mordió.
En el fondo, estaba deseando que Barry la besara, la abrazara, y la acariciara, como sólo él sabía hacerlo.
El periodista la estrechó contra sí, con fuerza. Después, y sin dejar de besarla, le acarició los muslos, suave y hábilmente.
Vanessa se estremeció dulcemente.
Barry intentó soltarle el cinturón de la bata, pero ella le sujetó la mano y separó su boca de la de él.
—Un momento, compañero. Antes de seguir, tenemos que aclarar algo.
—Lo que quieras, nena.
—Verte todo los días, eso es lo que quiero.
—Me verás, te lo prometo. Si estoy en Londres, claro.
—Si sales de viaje, me avisarás. Y después me telefonearás, desde donde quiera que estés. Tengo que saber diariamente de ti, ¿entiendes?
—Sabrás, no te preocupes. El día que no me veas, me oirás.
—Como no sea así, me oirás tú a mí. Y será la última vez que me oigas y me veas, te lo garantizo.
—No volverás a tener queja de mí, te doy mi palabra.
—Muy bien, ya puedes soltarme el cinturón —sonrió Vanessa, y le besó en los labios. Barry se disponía a hacerlo, cuando oyó que la televisión informaba de la muerte de Ronald Jenkins, lo que le hizo dar un respingo y exclamar:
—¡Los colmillos del diablo!

CAPITULO II

Vanessa Cronin se quedó mirando a su novio.
—¿Los colmillos de qué...?
—¡Del diablo! —repitió Barry Lexter, que ya había clavado sus ojos en la pantalla del televisor.
Vanessa le imitó, sin comprender nada.
—¿Qué es eso de los colmillos del diablo, Barry... ?
—¡Luego te lo explicaré! ¡Ahora déjame oír lo que dice la televisión!
Vanessa se calló, aunque de mala gana.
Y es que estaba contrariada.
Barry y ella habían dejado de discutir, habían hecho las paces, habían empezado a besarse y acariciarse, Barry se disponía a soltarle el cinturón de la bata, como prólogo de lo que vendría después, que sería, naturalmente, una larga e intensa unión sexual, luego de una semana entera sin verse...
Sin embargo, la cosa había quedado paralizada por culpa de la maldita televisión, que había acaparado toda la atención de Barry. De ahí la contrariedad de Vanessa.
Barry Lexter seguía con los ojos fijos en el televisor.
El locutor acabó de hablar de la muerte de Ronald Jenkins, y pasó a dar otra noticia. —Tenía el presentimiento de que tarde o temprano ocurriría algo así... —murmuró el periodista.
—¿Puedo quitar la televisión, Barry? —preguntó Vanessa.
—Sí, lo que está diciendo ahora ya no me interesa.
—Menos mal.
Vanessa Cronin se levantó del sofá, se acercó al televisor, y lo desconectó con algo de rabia.
—¿Me explicas lo de los colmillos esos, Barry?
—Están malditos, Vanessa.
—¿Malditos?
—Sí, traen desgracia. Las personas que los poseen, mueren en extrañas circunstancias.
—Eso no es posible, Barry.
—Te aseguro que es cierto, Vanessa. Ronald Jenkins, su actual dueño, ha muerto también, ya lo has oído. Y en circunstancias extrañas, como los otros.
Vanessa Cronin regresó al sofá y se sentó junto a su novio, cuya mano cogió.
—¿Cómo puedes creer en esas cosas, Barry?
—No creía, pero las pruebas son tan concluyentes...
—¿Te refieres a la muerte de esas personas?
—Sí.
—Estoy segura de que se trata de una simple casualidad.

—Eso pensé yo al principio, pero...
—¿Los has visto, Barry?
—¿Los qué?
—Los colmillos del diablo.
—Sí, Ronald Jenkins me los enseñó.
—¿Conocías a Ronald Jenkins...?
—Bueno, sólo hablé con él una vez. Fui a su casa, para hablar de los colmillos del diablo, y tuvo la amabilidad de recibirme. Era un hombre cordial y simpático. El no creía que los colmillos trajesen desgracia a quien los poseyese. Decía que se trataba de una leyenda absurda, inventada por alguien, y Ronald Jenkins se reía de ella. Por desgracia para él, no volverá a reírse de los colmillos del diablo.
—¿Cómo son, Barry?
—¿Los colmillos?
—Sí.
—Tienen unos diez centímetros de longitud, y son de oro macizo.
—¿De oro macizo, dices... ?
—Sí.
—Entonces, deben tener un gran valor.
—Desde luego. Ronald Jenkins los tenía en un precioso estuche, y solía guardarlos en su caja fuerte.
—¿Era un hombre rico?
—Bastante.
—¿Estaba casado?
—Por dos veces.
—¿Enviudó...?
—No, se divorció de su primera mujer, que por cierto le dio una hija. En su segundo matrimonio, no tuvo hijos, a pesar de que su segunda esposa era mucho más joven que él. Y muy hermosa, también. Debo confesar que me impresionó cuando la conocí. Vanessa Cronin soltó un gruñido.
—Tú te impresionas con mucha facilidad, Barry.
—¿Qué quieres decir?
—Volvamos a los colmillos, será mejor.
—¿Qué más quieres saber?
—¿Por qué se llaman los colmillos del diablo?
—Porque pertenecían a una horrible imagen que representaba al demonio. Según cuentan, pues de eso hace muchos años ya, dicha imagen se hallaba sobre el altar de un templo satánico, en donde se rendía culto al rey de los infiernos. Allí tenían lugar los más espeluznantes ritos, que incluían sacrificios humanos. Eran verdaderas orgías de sangre, violencia, y sexo. El templo fue destruido, no se sabe exactamente por quién, cuándo, ni cómo, pero la verdad es que no quedó piedra sobre piedra. Para algunos, fue

cosa de Dios. Aseguran que varios rayos cayeron sobre el templo satánico y lo pulverizaron todo. Hay muchas versiones, desde luego. El caso es que alguien consiguió rescatar los colmillos de oro de entre las ruinas, los vendió, y... Bueno, ahí empieza la historia, pues se afirma que la persona que rescató los colmillos del diablo pereció de forma misteriosa a los pocos días de haberlos vendido. Y algunas semanas después, perecía también de forma extraña la persona que los compró. Y así sucesivamente. Es una auténtica cadena de muertes misteriosas, cuyo último eslabón lo acaba de añadir Ronald Jenkins.
Vanessa Cronin no pudo evitar que se le erizara el vello.
—Es una leyenda horrible, Barry.
-Sí.
—De todos modos, insisto en que no es más que eso, una leyenda que viene de lejos, sin base ni fundamento. Inventada por alguien, como dijo Ronald Jenkins.
—Sí, Ronald Jenkins dijo eso, pero ahora está muerto —recordó el periodista.
—No creo que los colmillos del diablo tengan nada que ver con su muerte. La gente se muere a diario, Barry, aunque no posean los colmillos del diablo. Y no todos mueren de forma natural. Algunos perecen en desgraciados accidentes, tú lo sabes tan bien como yo. —Eso es cierto, tengo que reconocerlo. Sin embargo, me resisto a creer que...
Vanessa le cubrió la boca con su mano y lo hizo callar.
—Olvídate de los colmillos del diablo, ¿quieres? Estás en mi apartamento, conmigo, y ya te autoricé a soltarme el cinturón de la bata. ¿O es que ha dejado de interesarte lo que hay debajo...? —preguntó, con maliciosa sonrisa.
Barry retiró suavemente la mano de su novia y respondió:
—De sobra sabes que no, cariño.
—¿A qué esperas, entonces... ?
—La extraña muerte de Ronald Jenkins me tiene muy preocupado, Vanessa.
—Pues no tiene por qué tenerte preocupado, Barry.
—Soy periodista, no lo olvides, y es mi deber averiguar lo sucedido.
—Estoy segura de que no hay nada que averiguar. En todo caso, si existe algo raro en la muerte de Ronald Jenkins, es la policía quien debe averiguarlo, no tú.
—La policía averigua, pero no informa. Se lo guarda casi todo, y si no fuera por nosotros los periodistas, la gente no se enteraría de casi nada.
—Eso no es cierto, Barry.
—Ya lo creo que lo es.

—¿Vamos a empezar a discutir de nuevo?
—No es ésa mi intención, te lo aseguro.
—Entonces, se acabó. Mi cinturón espera, Barry. Y yo también. Desde hace una semana.
El periodista carraspeó.
—¿Puedo pedirte un favor, Vanessa?
—¿Qué clase de favor?
—Que esperes un día más.
Vanessa Cronin soltó un rugido de cólera.
—¿Que espere un día más, dices...?.
—Tengo que ir a la casa de Ronald Jenkins.
—¿Ahora...?
—Sí.
—¡Son más de las doce, Barry!
—Nunca es tarde si la noticia es buena.
—¡No permitiré que te largues!
—Vanessa, cariño...
—¡Ni cariño ni cuernos!
—Me debo a mi profesión, compréndelo.
—¡Ya mí, que soy tu novia!
—También, ya lo sé.
—¡Pues lo olvidas con demasiada frecuencia! —Nena, te prometo que mañana... Vanessa se puso en pie de un salto.
—¡Fuera, maldito!
Barry se levantó.
—No te pongas así, Vanessa. Ya te he dicho que... Vanessa cogió unos cuantos bombones de la caja. Barry pensó que se los iba a dar para que se los comiera por el camino, pero se dio cuenta de su error al ver que su novia empezaba a arrojárselos a la cara de uno en uno y con toda la rabia del mundo.
—¡Vanessa! —exclamó, mientras trataba de burlar los caros proyectiles.
—¡Fuera he dicho, gusano!
Barry se dijo que sería inútil intentar calmar a la colérica Vanessa, así que corrió hacia la puerta y abandonó el apartamento de su novia a bombonazo limpio.

CAPITULO III

Barry Lexter detuvo su coche frente a la casa del difunto Ronald Jenkins. Una casa grande y hermosa, dos plantas, que se alzaba en las afueras de Londres.

El periodista descendió del vehículo y caminó hacia la casa, cuyo timbre hizo sonar. Fue un timbrazo breve, por respeto al muerto y a las personas que lo estuviesen velando.

Velando, sí, porque Ronald Jenkins había fallecido aquella misma tarde, y no sería enterrado hasta el día siguiente, según había informado la televisión.

A pesar de la hora tan avanzada, y de la brevedad de la llamada, la puerta se abrió cuando todavía no había transcurrido ni medio minuto, lo cual sorprendió gratamente a Barry.

También le sorprendió que no fuera la doncella quien abriera, sino una enlutada muchacha de cabello rojizo, corto y gracioso. No aparentaba más de dieciocho años, poseía un rostro bonito, y su cuerpo, todavía en desarrollo, ofrecía ya unos relieves muy estimables.

Barry no la conocía, pero intuyó que se trataba de Susie, la hija del fallecido Ronald Jenkins.

—¿Susie Jenkins...? —preguntó.

—Sí —respondió la joven, que observaba al periodista con curiosidad.

—Soy Barry Lexter, del London Express —se presentó él.

—Periodista, ¿eh?

—Así es.

—¿Qué es lo que quiere, señor Lexter?

—En primer lugar, darle mi más sentido pésame por el fallecimiento de su padre, al que tuve el gusto de conocer personalmente hace tan sólo un par de semanas.

—Gracias, señor Lexter. Aunque es un poco tarde para ir de visita, ¿no cree?

Barry carraspeó.

—Le ruego que me disculpe, Susie. Sé que es casi la una de la madrugada, pero cuando dieron por televisión la noticia del fallecimiento de su padre, me impresionó tanto que... —¿Por qué le impresionó, señor Lexter? ¿Tal vez porque mi padre poseía los colmillos del diablo?

—Sinceramente, sí —confesó el periodista.

Susie Jenkins esbozó una sonrisa.

—Esa leyenda es ridícula, señor Lexter. Mi padre nunca creyó en ella.

—Lo sé. Me lo dijo cuando hablé con él.

—Yo tampoco creo nada de lo que se cuenta sobre los colmillos del diablo.

—¿Cómo murió su padre, Susie? —preguntó Barry.
—Le falló el corazón.
—¿Había tenido problemas con su músculo cardíaco?
—No.
—Qué raro.
—Mi padre estaba a punto de cumplir los cincuenta años, señor Lexter. No tiene nada de raro que, a esa edad, un hombre sufra un repentino ataque cardíaco. Especialmente, si está casado con una mujer quince años más joven que él, hermosa, deseable, y
terriblemente apasionada. Sabe a lo que me refiero, ¿verdad?
Barry emitió una tosecita.
—Desde luego, Susie.
—¿Conoce usted a Karen, señor Lexter?
—Sí, me la presentó su padre, cuando vine a verle.
—Entonces, no es necesario que le diga que está como un tren. Y ese tren arrolló a mi padre.
—¿Le echa usted a Karen las culpas de lo sucedido, Susie?
—Me gustaría echárselas, porque Karen no me cae nada bien, pero no puedo hacerlo. No sería justo. El único culpable, es mi padre. Nunca debió casarse con una mujer como Karen, porque ya no estaba en edad de satisfacerla debidamente en la intimidad. —Le hubiera gustado que siguiera casado con su madre, ¿no es cierto, Susie? —Por supuesto. Mi madre no es tan hermosa ni tan deseable como Karen, pero es una gran mujer. Mi padre se equivocó al divorciarse de ella.
—La quiere usted, ¿eh?
—Mucho.
—Sin embargo, se quedó a vivir con su padre.
—Por razones económicas, señor Lexter. Por mi gusto, me hubiera ido con mi madre. No es que no quisiera a mi padre, pero fue injusto con mi madre y no se lo perdoné nunca. —Entiendo.
—¿Desea usted ver a Karen, señor Lexter?
—Me gustaría, sí.
—La avisaré. Pase usted, señor Lexter.
—Gracias.
El periodista entró en la casa.
—Espere aquí, por favor —rogó Susie.
—No me moveré.
La hija del difunto Ronald Jenkins se alejó, moviendo con gracia sus firmes caderas, en
las que por unos segundos se posaron los ojos de Barry Lexter.
—Cómo está la niña... —murmuró.
Susie se detuvo y volvió la cabeza.
—¿Decía algo, señor Lexter...?

—Nada, Susie, nada —carraspeó Barry.
—Me pareció que hablaba de una niña, pero no creo que se refiriera a mí. He cumplido ya los dieciocho años, y me considero toda una mujer, tanto física como mentalmente. El periodista tosió.
—Susie, yo le aseguro que no...
La joven sonrió.
—Puede usted tutearme, señor Lexter.
—¿De veras?
—Se lo ruego.
—Lo haré si tú me llamas Barry, y me tuteas también.
—Trato hecho, Barry.
—Eres un encanto de chica, Susie.
—Y tú un tipo muy apuesto, Barry —respondió la muchacha, y desapareció.
Un par de minutos después, hacía su aparición Karen Jenkins, la ahora viuda de Ronald.
Al igual que Susie, vestía de negro, y no podía decirse que el luto le sentase mal.
Nada podía sentarle mal a una mujer como Karen, con aquella cara y aquel cuerpo. Era
una morenaza de ojos verdes que quitaba el hipo con su sola presencia.
A Barry no pudo quitárselo, porque en aquel momento no tenía hipo, pero el periodista volvió a quedar tan impresionado como la primera vez que tuvo ante sus ojos la exuberante y tentadora figura de Karen Jenkins.
¿Tendría razón Susie... ?
¿Habría sido la hermosa y ardiente Karen la causa de la repentina muerte de Ronald Jenkins, y no los colmillos del diablo...?
Barry no tuvo más remedio que admitir que ello era posible, porque Karen estaba como para acabar no ya con un casi cincuentón, sino con tres o cuatro a la vez.
Karen Jenkins se detuvo y tendió su mano al periodista, con una leve sonrisa en sus carnosos labios, rojos y sensuales. En realidad, toda ella era pura sensualidad.
—¿Señor Lexter...? —dijo, con voz suave, casi susurrante.
Barry le estrechó la mano, fina y cálida.
—Le acompaño en el sentimiento, señora Jenkins.
—Gracias.
—Sé que no debí venir a estas horas, pero ya le expliqué a Susie que...
—No importa que sea tarde, señor Lexter —le interrumpió la joven viuda—. Ha venido usted a darnos el pésame, y tanto Susie como yo le estamos muy agradecidas por ello. —Susie me ha dicho que el

señor Jenkins falleció a causa de un ataque cardíaco.
—Así es —confirmó Karen, entristeciéndose—. Se encontraba en su despacho, trabajando, cuando ocurrió... Fue un ataque fulminante, y nada pudimos hacer por él. Resistió sólo unos pocos minutos. Cuando llegó el doctor, Ronald era ya cadáver. Lo único que pudo hacer el médico, fue certificar su defunción.
—No sabe cuánto lo siento, señora Jenkins.
—Es usted muy amable, señor Lexter.
Como las lágrimas habían asomado a los preciosos ojos de la viuda, Barry extrajo su
pañuelo y se lo ofreció.
—Creo que lo necesita, señora Jenkins.
—Gracias.
Karen aceptó el pañuelo y secó sus lágrimas.
Barry carraspeó ligeramente.
—Ha dicho usted que el señor Jenkins sufrió el ataque cardíaco en su despacho, ¿verdad?
—Sí, ocurrió allí.
—¿Sigue guardando el señor Jenkins los colmillos del diablo en la caja fuerte que tiene en su despacho?
La viuda se estremeció perceptiblemente.
—¿Por qué lo pregunta, señor Lexter?
—Simple curiosidad, señora Jenkins.
—Le ruego que sea sincero conmigo, señor Lexter.
—Lo seré en cuanto responda usted a mi pregunta, señora Jenkins.
Karen guardó silencio.
Se veía muy nerviosa.
Barry insistió:
—¿Continúan los colmillos del diablo en la caja fuerte del despacho de su marido,
señora Jenkins?
—Sí, pero no estaban guardados en ella cuando Ronald sufrió el repentino ataque —
respondió quedamente la viuda.
—¿Dónde estaban?
Karen se mordió los labios y confesó:
—Sobre la mesa de mi esposo, señor Lexter.

CAPITULO IV

Barry Lexter tuvo un claro estremecimiento.
—¿Sobre la mesa de su esposo, señora Jenkins...?
—Sí, allí estaban cuando yo entré en el despacho —respondió la hermosa viuda—, Ronald debió sacarlos de la caja fuerte por algún motivo. El estuche que los guardaba estaba abierto, en un lado de la mesa. Yo lo cerré y lo guardé en la caja fuerte, cuando mi marido era ya cadáver.
El periodista se mantuvo callado.
Karen Jenkins, todavía con el pañuelo de Barry entre sus manos, preguntó:
—¿Qué es lo que está pensando, señor Lexter?
—Nada bueno, señora Jenkins.
—Hable, se lo ruego.
—No quisiera asustarla, Karen. ¡Oh!, discúlpeme por haberla llamado por su nombre, señora Jenkins —carraspeó el periodista—. Lo he hecho sin darme cuenta.
La viuda esbozó una sonrisa.
—No importa, Barry. Prefiero que me llame usted Karen, porque me carga un poco lo de señora Jenkins.
—La verdad es que a mí tampoco me gusta demasiado que me llamen señor Lexter —confesó Barry—. Especialmente, si hablo con una mujer.
—Ya ve que le he llamado Barry.
—Se lo agradezco muy sinceramente, Karen.
La viuda volvió a mostrarse nerviosa y preocupada.
—Dígame lo que piensa, Barry.
—¿Me promete no asustarse?
—Soy una mujer valiente, no se preocupe.
El periodista se mesó el cabello y dijo:
—Cuando vine a hablar con el señor Jenkins fue porque...
—Sé que vino a hablar sobre los colmillos del diablo, Barry. Ronald me lo contó, cuando usted se marchó.
—Entonces, sabrá que yo no me río de la leyenda que pesa sobre ellos.
—Mi marido sí se reía. Y Susie también.
—¿Y usted, Karen... ?
La viuda se retorció las manos.
—Yo nunca me he reído de ella, Barry, aunque debo confesar que no creo lo que se cuenta. Al menos, no lo he creído hasta esta tarde...
—¿Quiere decir que empieza a creer en la leyenda, Karen?
—No quisiera, pero cuando vi los colmillos del diablo sobre la mesa, mientras mi marido se moría...

—Yo he pensado lo mismo.
Karen Jenkins se atrevió a coger la mano del periodista.
—¿Cree usted posible que ellos fueran la causa de la muerte de mi esposo, Barry? —preguntó, mientras le apretaba la mano con fuerza.
Lexter tardó unos segundos en responder.
—Sinceramente, no lo sé. Aunque hay algo que...
—¿A qué se refiere, Barry?
—Al corazón de su marido, Karen. Susie dijo que nunca había tenido problemas con él.
—Es cierto.
—¿Ni siquiera alguna pequeña molestia?
La viuda movió la cabeza.
—Nada en absoluto.
—¿Cómo es posible, entonces, que le fallara de pronto y de una manera tan fulminante... ?
—No lo sé.
—Su esposo era un hombre sano, Karen. Algo mayor, pero fuerte todavía, eso saltaba a la vista.
—Es verdad. Tenía quince años más que yo, pero no lo parecía. Jamás noté esa diferencia de edad.
—Lo ocurrido es muy extraño, desde luego.
Karen Jenkins apretó de nuevo la mano del periodista.
—No quiero creer que los colmillos del diablo provocaran el ataque cardíaco que puso fin a la vida de Ronald, Barry. ¡Sería demasiado espantoso!
Lexter rogó:
—¿Le importaría llevarme al despacho de su esposo, Karen?
—¿Para qué?
—Quisiera examinar nuevamente los colmillos de diablo.
La viuda tuvo un ligero estremecimiento.
—¿No le da miedo, Barry?
—¿Por qué iba a dármelo? Yo no soy su dueño, Karen.
—¿Quién es su dueño ahora?
La pregunta sorprendió al periodista.
—Supongo que usted, Karen —murmuró.
—Entonces, si la leyenda es cierta, ahora soy yo quien está en peligro.
Lexter se atrevió a cogerla por los hombros.
—No piense en eso, Karen.
—Usted me lo ha hecho recordar, Barry.
—Lo lamento, no era mi intención meterle el miedo en el cuerpo. Olvide lo de llevarme al despacho de su marido, Karen.
—¿Por qué?
—No es el momento más oportuno, debí comprenderlo.

—Le llevaré, Barry.
—No quiero obligarla a ello, Karen.
—Usted no me obliga, lo llevo porque lo deseo.
El periodista sonrió ligeramente.
—Es una mujer valiente, no hay duda.
—Vamos, Barry.
Lexter se dejó llevar por la joven viuda.
El despacho del difunto Ronald Jenkins era lujoso, como el resto de las estancias de la casa.
Barry Lexter sintió una extraña sensación al entrar en él.
También Karen Jenkins.
Y es que ambos pensaban en los colmillos del diablo.
El periodista clavó sus ojos en el cuadro que disimulaba la caja fuerte.
Karen fue hacia allí, apartó el cuadro, y marcó la combinación.
—La sé de memoria —dijo, sonriendo nerviosamente.
—Claro —sonrió también Barry.
La viuda abrió la caja fuerte, tomó el precioso estuche que contenía los valiosos colmillos de oro macizo, y se lo ofreció al periodista del London Express.
—Abralo usted mismo, Barry.
—Con mucho gusto.
Lexter se hizo cargo del estuche y lo abrió suavemente, procurando mostrarse sereno. El pulso, desde luego, no le tembló, pero era evidente que su ritmo cardíaco se había acelerado.
También el corazón de la viuda latía ahora más de prisa.
Ninguno de los dos podía evitarlo.
Los colmillos del diablo habían quedado visibles.
Barry y Karen los contemplaron, ella con evidente temor. Los colmillos, naturalmente, descansaban tranquilos en el estuche, despidiendo continuos y fugaces destellos. —Son hermosos, ¿verdad, Barry? —murmuró la viuda, con temblorosa voz. —Tan hermosos como peligrosos, Karen —respondió el periodista.
—¿Qué debo hacer con ellos?
—Si fueran míos, los destruiría.
Karen respingó.
—¿Destruirlos...?
—Sí, eso es lo que yo haría, si me pertenecieran. —Puedo venderlos, Barry.
—¿Y poner en peligro la vida de la persona que los adquiriese?
La viuda se mordió el labio inferior.
—Tiene razón, Barry. Lo mejor es destruirlos.

CAPITULO V

Barry Lexter cerró el estuche y se lo devolvió a la viuda de Ronald Jenkins.
—Guárdelos de nuevo en la caja fuerte, Karen. Y no los saque de ella hasta que llegue el momento de destruirlos —advirtió.
—¿Cómo lo haremos, Barry?
—Los fundiremos.
—Es una gran idea. Se encargará usted de ello, ¿verdad, Barry?
—Por supuesto.
—No sé cómo darle las gracias.
—Será un placer ayudarla a destruir los colmillos del diablo, se lo aseguro.
—Es usted un gran tipo, Barry.
—Y usted una mujer extraordinaria, Karen.
—¿En qué sentido?
—En todos.
La viuda lo miró dulcemente.
—Agradezco mucho sus palabras, Barry.
—Vamos, guarde el estuche en la caja fuerte —insistió el periodista—. Me sentiré más tranquilo sabiendo que los colmillos del diablo están encerrados en ella.
—Yo también —respondió Karen, y metió el estuche en la caja, cuya puerta cerró, haciendo girar seguidamente el disco de la combinación.
Después, abandonaron el despacho.
Habían dado sólo unos pasos, cuando apareció Susie Jenkins.
Barry y Karen se detuvieron.
—El señor Lexter se marcha ya, Susie —dijo la viuda.
—Yo lo acompañaré, Karen.
—Como quieras. Buenas noches, Barry.
El periodista estrechó cálidamente la mano de la viuda.
—Buenas noches, Karen.
—¿Nos veremos mañana?
—Desde luego. Pienso asistir al funeral.
—Le quedaremos muy agradecidas.
Susie cogió del brazo al periodista.
—Vamos, Barry.
—Adiós, Karen.
—Hasta mañana, Barry —sonrió suavemente la viuda.
Susie llevó al periodista hacia el vestíbulo.
Una vez en él, se detuvo y lo miró.
—¿Qué hacíais en el despacho de mi padre, Barry?
—Le pedí a Karen que me enseñara los colmillos del diablo.
—Tengo entendido que los habías visto ya.

—Sí, tu padre me los enseñó. Pero quería examinarlos de nuevo.
—¿Por qué?
—Sigo pensando que son los responsables de la muerte de tu padre, Susie.
—¡Eso es ridículo!
—Karen también lo piensa.
Susie Jenkins apretó los dientes.
—Ella sabe mejor que nadie por qué le falló el corazón a mi padre.
—No empieces con eso otra vez, Susie.
—¡Es la verdad, Barry! Ya te dije antes que no le echo las culpas a Karen, pero sé que ella mató a mi padre con su juventud, su hermosura, y su fogosidad en la cama. Mi padre eligió ese tipo de muerte, así que él es el único culpable.
—Los colmillos del diablo estaban sobre la mesa de tu padre, cuando sufrió el ataque.
—Lo sé.
—¿Y no te dice nada eso...?
—Sólo que mi padre los sacó de la caja fuerte para contemplarlos. Lo hacía muy a menudo, y nunca sucedió nada.
—Esta vez, sí sucedió.
—Sucedió porque tenía que suceder, no porque los colmillos del diablo estuviesen sobre su mesa.
—Quizá tengas razón, Susie. Pero, por si acaso, Karen ha decidido deshacerse de ellos. —¿Qué?
—Quiere destruir los colmillos del diablo.
—¿Destruirlos...?
—Sí, vamos a fundirlos.
—¡Está loca!
—Es lo más sensato, Susie.
—¡Karen no tiene ningún derecho a destruir unas joyas tan valiosas!
—Ahora le pertenecen, Susie.
—¡No es cierto!
—Eran de tu padre, y él ha muerto. Por tanto... —¡Los colmillos del diablo son más míos que de Karen, para que te enteres!
—¿De veras?
—¡Mi padre pensaba regalármelos el día de mi boda! —¿En serio?
—¡Sí!
—Karen debía ignorarlo, por lo visto —murmuró el periodista.
—¡Pues yo se lo haré saber!
—Cálmate, Susie, por favor.
—¡Los colmillos del diablo no serán destruidos! ¡Me pertenecen, Barry, y quiero conservarlos!
—Puede ser muy peligroso, Susie —advirtió Lexter. —¡No me haga reír!

—Está bien, quédate con ellos si ése es tu deseo. No creo que Karen se oponga.
—¡Seguro que no!
—¿Te casas pronto, Susie?
—¿Qué?
—Has dicho que tu padre pensaba regalarte los colmillos del diablo el día de tu boda, ¿no?
La furia de la muchacha pareció remitir.
—Aún no tengo novio —confesó.
—¿Cómo es eso?
—Estoy esperando que me salga uno, pero ninguno de los chicos que conozco se decide.
—Deben ser todos tontos de remate.
Susie Jenkins sonrió, visiblemente halagada.
—¿Te gusto, Barry?
—Mucho.
—Pues ya sabes que estoy libre.
—Pero yo no.
La sonrisa desapareció del bonito rostro de Susie Jenkins.
—¿Estás casado, Barry?
—No, pero tengo novia.
—Qué desilusión.
—Así es la vida.
—¿La quieres, mucho, Barry?
—Con locura.
—Entonces, no es probable que rompas con ella.
—Bueno, eso nunca se sabe —carraspeó el periodista, recordando que su novia lo había echado de su apartamento aquella misma noche a bombonazos, mientras le llamaba de todo—. A mí me gustaría casarme con ella, pero Vanessa tiene un geniecito... —¿Vanessa?
—Sí, se llama así.
—Bien, pues por si acaso rompes tu compromiso con ella... —Susie le pasó los brazos por el cuello, se elevó sobre las puntas de sus pies, y le besó en los labios, esmerándose mucho en la caricia.
Barry, sorprendido, dudó entre mostrarse pasivo o colaborar en el beso, pero finalmente se decidió por lo segundo, porque los labios de Susie sabían muy bien y hubiera sido una tontería renunciar a saborearlos debidamente.
El periodista, además, rodeó con sus brazos la cintura femenina.
Cuando se separaron sus bocas, Susie lo miró a los ojos y preguntó:
—¿Te ha gustado, Barry?
—Muchísimo.
—A mí también.
—Quizá tengamos ocasión de besarnos de nuevo. —Me encantaría.

Lexter soltó la cintura de la hija de Ronald Jenkins. —Bien, tengo que marcharme, Susie.
—Nos veremos mañana, Barry.
—Sí, en el funeral —respondió el periodista, y abandonó la casa.

* * *

Karen Jenkins había vuelto a la habitación en donde se hallaba instalado el féretro que ocupaba el cadáver de su esposo, para seguir velándolo.
La viuda se sentó en un sillón y observó el rostro de Ronald, ahora pálido y rígido, como sus manos, cruzadas sobre su estómago.
No había nadie más en la habitación.
Mientras contemplaba las facciones de su difunto esposo, Karen pensó en Barry Lexter y en todo lo que había hablado con él.
De pronto, los labios de Ronald Jenkins tuvieron una ligera contracción. Eso, al menos, le pareció a su viuda, aunque no estaba demasiado segura de si había sido un falso efecto óptico o si había sucedido realmente.
De cualquier modo, Karen se envaró en el sillón.
Con la respiración contenida y los ojos muy abiertos, sin pestañear una sola vez, continuó observando la cara de Ronald, pendiente casi exclusivamente de su boca. ¿Se habrían movido de verdad sus labios...?
¿Le habría engañado la vista...?
Apenas quince segundos después, Karen Jenkins supo que no se había tratado de un falso efecto óptico, porque los labios del difunto volvieron a contraerse.
Y, esta vez, de forma muy clara.
Lo más terrible, sin embargo, estaba por llegar.
Pero era sólo cuestión de segundos.
Los colmillos del diablo iban a hacer nuevamente de las suyas.

CAPITULO VI

Karen Jenkins había empezado a temblar en el sillón.
Se había quedado tan pálida como el propio difunto, al que observaba con ojos desorbitados. Sentía deseos de ponerse en pie y salir disparada de la habitación, pero el terror la tenía agarrotada.
¿Cómo era posible que Ronald moviese los labios...?
¡Estaba muerto!
¡El doctor había certificado su defunción!
¡Era sólo un cadáver!
Mientras la aterrada Karen se decía todo esto, el difunto abrió los ojos.
Lo hizo de forma repentina.
Con brusquedad.
Karen Jenkins creyó morirse de espanto.
¡Ronald con los ojos abiertos!
¡Y la estaba mirando a ella!
Karen intentó levantarse del sillón, pero las piernas no le respondieron. Las tenía como dormidas, paralizadas, sin fuerzas.
El difunto seguía mirando con una frialdad que helaba la sangre.
De pronto, ocurrió lo más espantoso.
¡Ronald Jenkins estaba distendiendo los labios!
¡Como si quisiera sonreír!
El muerto mostró sus dientes.
Y eso fue lo más escalofriante, púas dejó al descubierto dos colmillos dorados, brillantes, y afilados.
¡Eran de oro!
¡Los colmillos del diablo, sólo que mucho más pequeños!
Pero empezaron a crecer.
¡Y con qué rapidez!
Pronto midieron tres o cuatro centímetros de largos.
Y, casi en seguida, siete u ocho.
A los pocos segundos, ya tenían la misma longitud y grosor que los colmillos que descansaban en el precioso estuche que Karen encerrara en la caja fuerte del despacho de su difunto marido, en presencia de Barry Lexter.
No crecieron más.
La expresión de Ronald Jenkins, con aquel par de colmillos de fiera sanguinaria incrustados en su dentadura, emergiendo de su boca como dos cuchillos deseosos de clavarse en el cuerpo de alguien, no podía ser más horrorosa.
Karen Jenkins estaba a punto de desvanecerse de pánico.
El corazón, más que latirle, le galopaba en el pecho como si se tratara de un caballo de carreras, y sus ojos estaban tan desencajados que amenazaban con saltar de sus cuencas de un instante a otro.

Todo su cuerpo era un puro temblor.
Y sentía frío, mucho frío.
Como si la hubieran dejado en el Polo Norte, cubierta sólo con un escueto bikini.
Y eso que Karen se repetía mentalmente, una y otra vez, que aquello no podía ser real, que debía de tratarse de una horrible pesadilla, pero no lograba convencerse a sí misma.
De repente, el difunto movió los brazos.
¡Y levantó la cabeza!
Karen tuvo un fallo cardíaco.
¡Su marido parecía querer abandonar el ataúd!
¡Se había convertido en un muerto viviente!
¡Podía mover todo su cuerpo!
La aterrorizada viuda intentó nuevamente mover el suyo, pero no consiguió despegar su trasero del asiento del sillón.
¡Parecía clavada a él!
En vista de que no tenía fuerzas para levantarse, Karen intentó gritar, pedir socorro, chillar como una loca, pero sólo pudo mover la boca.
Ningún sonido escapó de su garganta.
Sus cuerdas vocales estaban tan paralizadas como sus piernas.
El terror las tenía atenazadas con su invisible pero férrea mano.
Karen se vio absolutamente perdida.
No podía huir ni pedir socorro.
Estaba a merced de su difunto esposo.
¿Difunto...?
¡Si parecía más vivo que ella!
¡Ya se había puesto en pie!
¡Y estaba abandonando el ataúd...!
Karen no pudo resistir más y se desvaneció, sin exhalar el más leve gemido.

* * *

Susie Jenkins se dirigía a la habitación en donde había sido colocado el féretro en el que descansaba el cuerpo sin vida de su padre, para continuar velándolo en compañía de Karen.
Mientras caminaba, sin ninguna prisa, pensaba en Barry Lexter, el atractivo periodista del London Express.
—Qué lástima que tenga novia... —murmuró.
Instintivamente, se llevó la mano a los labios y se los rozó con las yemas de los dedos. —Besa muy bien, el condenado. Esa Vanessa es una chica muy afortunada. Aunque como se descuide un poco, se va a quedar sin novio, porque se lo va a birlar una que yo me sé —sonrió traviesamente.

No pudo seguir pensando en Barry Lexter, porque ya estaba a punto de entrar en la habitación que ocupaba el cadáver de su padre. Penetró en ella, y al instante descubrió que Karen tenía la cabeza doblada y los ojos cerrados.

Susie emitió un gruñido.

—¿Cómo puede haberse quedado dormida, en presencia del cadáver de su marido? Se ve cada cosa... —rezongó, al tiempo que se acercaba al sillón que ocupaba la viuda. Le puso la mano en el hombro y la zarandeó.

—¡Eh!, Karen...

La viuda siguió con los ojos cerrados.

—¿Será posible que se haya dormido tan profundamente...? —masculló Susie, y la zarandeó de nuevo, ahora con más fuerza.

Karen no se despertó.

Susie soltó otro gruñido.

—Maldita sea, esto hay que verlo para creerlo. Su marido de cuerpo presente, y ella durmiendo como un leño. Yo te enseñaré a ti, compañera.

Susie salió de la habitación, regresando al cabo de un par de minutos con unos cuantos cubitos de hielo en las manos.

—Verás como esto sí te despierta, marmota —dijo, con malévola sonrisa, y tiró del escote del negro vestido de Karen, dejando visibles sus rotundos pechos, escasamente cubiertos por el atrevido sujetador.

Susie le echó los cubitos.

—Refréscate, hermosa.

El frío contacto del hielo logró que la viuda volviera en sí.

—¿Qué ocurre... ? ¿Qué tengo en el pecho? —exclamó.

—Te quedaste dormida, Karen, y como no había forma de despertarte, tuve que echarte unos cubitos de hielo en el escote.

—¿Cómo te atreviste a...?

—¿No te gusta tener los pechos fresquitos, Karen?

La viuda, que se había metido las manos en el escote, para extraer los cubitos de hielo, se fijó en el féretro, y al ver tendido en él a su difunto esposo, recordó de golpe todo lo que había pasado.

—¡Susie! —chilló, brincando del sillón como impulsada por un resorte.

—¿Qué te ocurre, Karen...? ¿Se te ha deslizado algún cubito de hielo vientre abajo? —preguntó la joven, que no se echó a reír por respeto al cuerpo sin vida del autor de sus días.

—¡Tu padre!

Susie volvió la mirada hacia el féretro.

—¿Qué le pasa a mi padre?

—¡Se levantó!

La muchacha no pudo evitar un escalofrío.

—¿Cómo dices...?

—¡Se puso en pie, Susie! ¡Y salió del ataúd!
—¡Karen!
—¡Tenía los ojos abiertos, y le habían salido dos colmillos de oro en la boca, tan grandes como los colmillos del diablo!
Susie, que se había asustado mucho, apretó los labios y barbotó:
—¡Estúpida!
—¡Te juro que es cierto, Susie!
—¡Te quedaste dormida y tuviste una pesadilla, eso es lo que pasó!
—¡No me quedé dormida, me desvanecí de terror!
—¡Sería en sueños!
—¡No, Susie, no! ¡Sucedió realmente, tienes que creerme! ¡Tu padre volvió a la vida! —¿A qué te doy un par de bofetadas? —amenazó la muchacha, levantando la mano. Karen la creyó muy capaz de abofetearla, así que se calló, aunque siguió temblando como una hoja.
Susie apuntó el ataúd y dijo:
—Mi padre está muerto, Karen. Y los muertos no vuelven a la vida, se mueren para siempre. Todo el mundo lo sabe.
—Susie, yo...
—Te quedaste dormida y sufriste una pesadilla por culpa de ese estúpido temor que sientes hacia los colmillos del diablo.
—No, yo...
—Barry Lexter me dijo que quieres deshacerte de ellos.
—Sí, cuanto antes. Si puede ser mañana, mejor que pasado.
—No puedes destruir ese par de valiosas joyas, Karen.
—¿Por qué?
—Me pertenecen.
—¿A ti?
—Mi padre pensaba regalármelas el día de mi boda. ¿No te lo mencionó nunca? —No, Susie. Jamás me habló de ello.
—Pues es la verdad, Karen. Yo soy ahora la dueña de los colmillos del diablo y quiero conservarlos.
—No, por favor. Correrías un gran peligro, Susie.
La joven sonrió burlonamente.
—Yo no creo en esa ridícula leyenda, Karen, ya lo sabes.
—Tu padre tampoco creía, y ahora...
Susie apretó los puños con furia.
—¡Los colmillos del diablo no tienen nada que ver en la muerte de mi padre, Karen! La viuda se mordió los labios.
—Barry Lexter piensa que sí, Susie.
—Lo sé. Y no me explico cómo un tipo tan apuesto puede ser tan tonto.
—Barry no tiene nada de tonto, créeme. Es muy inteligente.
—¡Pues no lo demuestra!
—Está bien, no discutamos. Tú dices que tu padre pensaba regalarte

los colmillos del diablo el día de tu boda, y aunque me extraña bastante que nunca me lo mencionara, yo te creo y no tengo ningún inconveniente en entregártelos.
—Gracias.
—No obstante, pongo una condición, Susie.
La muchacha frunció el ceño.
—¿Qué condición?
—No los guardarás en esta casa.
—¿Por qué?
—No quiero tenerlos bajo mi techo.
—Miedo, ¿eh?
—Sí, no me importa confesarlo.
—No te preocupes, mañana mismo los sacaré de esta casa. Se los llevaré a mi madre, y
ella me los guardará. Y es posible que me quede a vivir con ella. —Eso es cosa tuya,
Susie.
—Naturalmente.
—Voy un momento a mi dormitorio.
—¿A cambiarte el sujetador...?
—Sí, lo tengo mojado, por culpa de tu broma. —Tenía que despertarte, Karen.
—Claro —rezongó la viuda, y salió de la habitación, dejando sola a Susie con el cadáver
de Ronald Jenkins.

CAPITULO VII

Vanessa Cronin llevaba más de una hora en la cama, tratando inútilmente de conciliar el sueño. La furia, que todavía la dominaba, le impedía dormirse.
Lo había probado todo, pero nada conseguía calmarla.
Se había dado una ducha tibia, otra fría, había fumado varios cigarrillos, se había tomado un par de copas, había intentado leer un libro, había ojeado una revista...
Todo inútil.
Sus nervios seguían a flor de piel, y así, claro, no había manera de dormirse. No quería pensar en Barry Lexter, porque él era el culpable de su tremenda irritación, pero no podía apartarlo de su mente.
Una semana entera sin hacer el amor, y cuando por fin parecía que había llegado el momento de unir nuevamente sus cuerpos, Barry renunciaba a ello y se largaba a investigar la extraña muerte de Ronald Jenkins.
Vanessa jamás se lo perdonaría.
Quería mucho a Barry, pero no estaba dispuesta a aguantar una sola faena más del periodista.
De pronto, sonó el timbre del apartamento.
Vanessa respingó sobre la cama.
—Barry... —murmuró, adivinando que se trataba de su novio.
A aquellas horas, no podía ser nadie más que Barry.
Vanessa dudó entre abrirle o seguir echada en la cama.
Su orgullo de mujer, tan recientemente herido, le pedía que continuara acostada, pero su corazón le aconsejaba lo contrario. Su corazón... y su cuerpo entero, tan ávido de besos y caricias.
Pudo más lo segundo, así que Vanessa saltó de la cama, luciendo un cortísimo camisón de gasa negra, totalmente transparente, y un minúsculo pantaloncito que hacía juego con la prenda nocturna, adornado con un pícaro lacito rojo.
Cogió la bata, pero se lo pensó mejor y volvió a dejarla donde estaba, porque prefería abrir así, en camisón y exhibiéndolo casi todo, para tentar al condenado de Barry.
Vanessa salió del dormitorio y trotó hacia la puerta, descalza.
La cadena de seguridad estaba echada.
Vanessa abrió sin soltar la cadena.
Como había supuesto, era Barry Lexter.
El periodista sonrió.
—Aquí me tienes de nuevo, cariño.
—No esperarás que te deje entrar, ¿verdad? —dijo Vanessa, con huraña expresión. —Te dije que vendría mañana, pero mis deseos de estar contigo son tan grandes, que me vine hacia aquí tan pronto

como salí de la casa del difunto Ronald Jenkins. —Has perdido el tiempo, Barry.
—En casa del difunto Jenkins lo aproveché muy bien.
—¿Con su viuda?
—¿Qué?
—Dijiste que está tremenda.
Lexter carraspeó.
—No seas malpensada, Vanessa. La pobre Karen no está para diversiones, después de lo ocurrido. Su marido, al que ella quería mucho, ha muerto de forma extraña. Y Karen, como yo, piensa que los colmillos del diablo son la causa del repentino fin de Ronald Jenkins.
Vanessa Cronin se sintió intrigada.
—¿Averiguaste algo, Barry?
—Sí.
—Cuenta.
—Antes déjame entrar.
—No.
—Sé comprensiva, Vanessa. Te dejé porque el deber me llamaba, pero ya ves que he vuelto a ti en cuanto he podido. No pude esperar hasta mañana, tengo que amarte esta noche.
—Como no ames a tu abuela...
Lexter tosió.
—Te ruego que no le faltes al respeto a mi abuela, Vanessa.
La muchacha reprimió a duras penas una sonrisa.
—Está bien, te dejaré entrar. Pero sólo para que me cuentes lo que averiguaste en la casa del difunto Ronald Jenkins, ¿eh? De hacer el amor, nada.
—Entonces, no entro.
—Eso es cosa tuya —respondió Vanessa, y desenganchó la cadena de seguridad, abriendo seguidamente la puerta de par en par.
Los ojos de Barry Lexter recorrieron la maravillosa figura de su novia, apenas velada por el descarado camisón.
—Entro, ya lo creo que entro —murmuró, con una maliciosa sonrisa en los labios. —Adelante, Barry.
El periodista penetró en el apartamento de Vanessa Cronin.
Ella cerró la puerta y pegó la espalda a la hoja de madera.
—¿Qué averiguaste en la casa del difunto Ronald Jenkins, Barry? —preguntó.
Lexter le contempló las hermosas piernas, el liso vientre, el delicioso ombliguito, los
preciosos senos, de rosada aureola y erecto pezón, que parecían vibrar bajo la negra
gasa, ansiosos de caricias.
—¿Por qué no te lo cuento en la cama, cariño? —sugirió, con voz

ligeramente ronca. —Me lo cuentas aquí y ahora. Y sin aproximarte un solo centímetro más a mí —advirtió ella.
—¿Por qué hemos de mantener las distancias?
—Porque yo lo quiero así.
—¿Estás segura?
—Completamente.
El periodista suspiró.
—Está bien, no me acercaré a ti. Pero debiste ponerte la bata, si no deseas que te toque. —Olvídate de mi cuerpo y habla de una vez.
—No me va a ser fácil, pero lo intentaré. Para empezar, te diré que Ronald Jenkins murió en su despacho, víctima de un repentino y fulminante ataque cardíaco.
—Una muerte de lo más normal —opinó Vanessa.
—No tan normal, porque Ronald Jenkins no padecía del corazón. Era un hombre sano y fuerte, aunque pronto iba a cumplir los cincuenta años.
—Ya no era un chaval, Barry.
—Te repito que gozaba de una salud excelente, Vanessa.
—¿Qué más averiguaste?
—Algo terrible, Vanessa.
—Vamos, suéltalo ya —pidió la muchacha, ligeramente nerviosa.
—Cuando Ronald Jenkins sufrió el ataque, tenía los colmillos del diablo sobre su mesa.
Vanessa Cronin sintió que se le erizaba la piel.
—¿Cómo lo sabes, Barry? —musitó.
—Su viuda me lo dijo.
—Y por eso creéis los dos que los colmillos del diablo...
—Así es.
Vanessa guardó silencio.
Barry se acercó a ella y le puso las manos en las caderas, perfectamente curvadas. —Vanessa...
—Te prohibí que te aproximaras, Barry —recordó ella, aunque no le rechazó.
—Empiezas a creer que la leyenda sobre los colmillos del diablo es cierta, ¿verdad? —¿Qué te hace pensar eso?
—Lo adivino por la expresión de tu cara.
—Puede ser una casualidad que los colmillos del diablo estuviesen sobre la mesa de Ronald Jenkins, cuando le sobrevino el ataque cardíaco.
—Yo no lo creo así, Vanessa. Ronald Jenkins tenía un corazón sano, los colmillos del diablo lo hicieron fallar.
—Eso no podrás demostrarlo jamás, Barry.
—No me interesa demostrar que ellos mataron a Ronald Jenkins. Lo que realmente me gustaría, es destruirlos.

—¿Destruirlos...?
—Sí, para que no puedan causar daño a nadie más.
Se lo dije a la viuda de Jenkins, y ella estuvo de acuerdo. Desgraciadamente, Susie no es
de nuestro mismo parecer.
—¿Quién es Susie? —preguntó Vanessa.
—La hija del difunto Ronald Jenkins.
—¿La que le dio su primera esposa?
—Sí. Asegura que los colmillos del diablo le pertenecen, puesto que su padre tenía
pensado regalárselos, y quiere conservarlos. Ella no cree en la leyenda.
—¿Cuántos años tiene?
—¿Susie?
—Sí.
—Dieciocho.
—Es muy joven, para ser tan valiente.
—Susie no es valiente, sino inconsciente —corrigió Lexter—, Le advertí que puede ser muy peligroso para ella poseer los colmillos del diablo, pero se echó a reír.
—¿Es bonita, Barry?
—Sí. Y bastante atrevida, también.
—¿Por qué dices eso?
—Se me insinuó claramente, y si no llego a decirle que tenía novia, deja de velar a su padre y me lleva a su cama.
Vanessa Cronin soltó un gruñido.
—Eso no tiene gracia, Barry.
—No es un chiste, Vanessa. Sucedió en realidad, te lo aseguro.
—Si fuera cierto que ese bomboncito de dieciocho años se te insinuó, no la habrías rechazado.
—A mí no me interesa más mujer que tú, ya lo sabes —dijo Lexter, abrazándola.
—Pedazo de embustero...
—Te lo voy a demostrar, Vanessa —aseguró el periodista, y la besó con ardor, al tiempo que la estrechaba contra su pecho.
Ella no protestó.
Estaba deseando que Barry la tomara en brazos y la llevara al dormitorio.
Y eso, exactamente, hizo el periodista.

CAPITULO VIII

Karen Jenkins se encontraba en su dormitorio.
Se había despojado del negro vestido, algo húmedo en la parte del escote a causa de los cubitos de hielo que le echara la traviesa Susie.
El breve sujetador estaba algo más que húmedo, por la misma causa, así que la joven viuda se lo quitó también, conservando únicamente las sucintas braguitas de encaje.
Si Barry Lexter llega a verla así, prácticamente desnuda, hubiera vuelto a meditar sobre las posibles causas del repentino fallo cardíaco que había acabado con la vida de Ronald Jenkins, porque Karen era un monumento de mujer.
La hermosa viuda entró en el cuarto de baño, en busca de una toalla.
La cogió y se secó sus opulentos pechos, que no precisaban de la ayuda del sujetador para mantenerse erguidos, a pesar de su tamaño.
Estaban fríos, a causa de la humedad, aunque Karen sabía que no era ésta la única razón.
En realidad, todo su cuerpo estaba frío, y no era debido al helado contacto de los cubitos de hielo, sino a lo que había sucedido en la habitación que albergaba el féretro en el que descansaba Ronald Jenkins.
¿Había sucedido realmente, o lo había soñado todo, como aseguraba Susie... ?
Karen no sabía qué responderse.
Ella, desde luego, desearía que Susie tuviera razón y que se tratara sólo de una horrible pesadilla, pero le había parecido todo tan real, tan auténtico y tan verdadero...
Además, le costaba admitir que se hubiese quedado dormida.
Le parecía absolutamente imposible, hallándose Ronald de cuerpo presente.
Era ridículo.
Karen estaba segura de que había sufrido un desvanecimiento, a causa del terror que le producía lo que veía... o lo que ella creía ver, porque a lo mejor había sido todo fruto de su imaginación.
Sí, esto último sí parecía posible.
Su conversación con Barry Lexter le había hecho sentir un gran temor hacia los colmillos del diablo, y tal vez eso alteró su sistema nervioso, haciéndole ver cosas que no habían ocurrido en realidad.
Susie, desde luego, no había visto nada.
Si fuera cierto que Ronald se puso en pie y abandonó el ataúd, con aquellos escalofriantes colmillos dorados y brillantes emergiendo de su boca, ella lo habría visto también cuando entró en la habitación.
La viuda se miró en el espejo del cuarto de baño.
—Lo imaginaste todo, pedazo de tonta —se dijo a sí misma —. No

eres tan valiente como creías.
Como ya había acabado de secarse los pechos, Karen dejó la toalla en el toallero y salió del cuarto de baño. Fue directamente al armario de la ropa, en busca de otro sujetador. De repente, se quedó clavada.
Había algo sobre la cama, además del negro vestido. Era un precioso estuche.
¡El que contenía los colmillos del diablo!

* * *

Karen Jenkins no se movía.
Se había convertido en una estatua de carne y hueso.
Con ojos agrandados, reflejando la mayor de las sorpresas, contemplaba el estuche que guardaba los colmillos del diablo.
¿Cómo era posible que estuviese allí, sobre su cama, si ella lo había encerrado en la caja fuerte del despacho de su difunto marido...?
¡No podía haberse salido solo!
¡Alguien lo había sacado de la caja!
Karen estaba pensando en Susie, cuando, súbitamente, el estuche empezó a abrirse, lenta y suavemente.
¡Y sin ayuda de nadie!
¡El estuche se estaba abriendo solo!
¡Parecía cosa de brujas!
¿O sería cosa del diablo...?
Este último pensamiento hizo que a Karen Jenkins se le pusiera la carne de gallina. Naturalmente, sintió deseos de echar a correr hacia la puerta de la habitación, chillando como una demente, pero no hizo ninguna de las dos cosas.
Y no porque estuviese prácticamente desnuda, pues la viuda ni siquiera se acordaba ya de que no llevaba más prenda encima que las frívolas braguitas de encaje.
Si Karen no se movió ni chilló fue porque se estaba diciendo que nuevamente estaba imaginando cosas, dominada por el temor que le inspiraban los colmillos del diablo desde que hablara con Barry Lexter.
Sí, aquello también debía de ser una fea jugarreta de su mente alterada, de sus nervios desequilibrados, del miedo que sentía hacia los colmillos del diablo, desde que los creyera responsables de la repentina muerte de su marido.
Karen se aferró desesperadamente a la idea de que lo que veían sus dilatados ojos no estaba sucediendo en realidad.
El estuche no estaba allí, sobre la cama, sino encerrado en la caja fuerte del despacho del difunto Ronald. Y no se estaba abriendo solo, seguía cerrado.
Con el fin de borrar aquella estremecedora imagen, que la viuda

pensaba sólo existía en su cerebro y no en sus retinas, cerró apretadamente los ojos y los mantuvo así durante algunos segundos.
Después, los abrió de nuevo.
Karen Jenkins sintió un ramalazo de frío, porque lo que ella creía una visión, no había desaparecido.
El precioso estuche continuaba sobre la cama.
Estaba totalmente abierto, dejando ver los valiosos colmillos de oro macizo, que no paraban de emitir fugaces destellos.
La viuda empezó a dudar que aquello fuera producto de su imaginación.
Repentinamente, ambos colmillos se elevaron, como arrancados del estuche por unas manos invisibles, y quedaron suspendidos en el aire, balanceándose suavemente.
Karen sintió que le flaqueaban las rodillas.
Como ya le ocurriera en la ocasión anterior, sus piernas estaban quedando sin fuerzas, se negaban a sostenerla, y amenazaban con doblarse de un instante a otro, provocando su caída.
Antes de que esto sucediera, la viuda se lanzó hacia la puerta, confiando en alcanzarla y escapar de aquel horror que, real o imaginado, podía causarle un fallo cardíaco y mandarla a la tumba, como al pobre Ronald.
Desgraciadamente, no logró su propósito, porque los colmillos del diablo se desplazaron en el aire con rapidez y le cortaron la huida.
Karen Jenkins se frenó bruscamente, y como sus piernas parecían ahora de mantequilla, no resistieron y se doblaron, haciéndola caer.
Desde el suelo, pálida, temblorosa, dominada por un pánico cerval, la viuda siguió observando los movimientos de los colmillos del diablo, que parecían prestos a atacarla.
Y, efectivamente, la atacaron.
Los dos a la vez.
Se lanzaron sobre Karen como pequeñas bayonetas, y como tales se clavaron en sus pechos, justo encima de las oscuras aureolas de los pezones, haciendo brotar sendos chorros de sangre roja y caliente.
La viuda lanzó un alarido desgarrador, pues fue como si la mordiera una poderosa bestia salvaje.
Los colmillos del diablo se desclavaron de los pechos de Karen y volvieron a incrustarse en ellos, esta vez un poco más abajo de los pezones, ahora bañados en sangre.
La viuda emitió otro aullido ensordecedor, mientras la sangre resbalaba con rapidez por su estómago, manchando su vientre y sus muslos.
Los colmillos del diablo, insensibles al dolor y al sufrimiento de Karen Jenkins, continuaron incrustándose en sus pechos, como si quisieran destrozarlos totalmente y acabar con la vida de la joven y hermosa

viuda.

CAPITULO IX

Vanessa Cronin descubrió que su novio tenía la mirada perdida, como si se hallara muy lejos de allí. Le acarició con suavidad el musculoso torso, poblado de rizado y oscuro vello, y preguntó:
—¿En qué piensas, Barry?
El periodista pareció volver a la realidad.
—¿Decías, nena... ?
—Estabas ausente, ¿verdad?
—Me temo que sí —confesó Lexter, acariciándola a su vez con ternura.
Estaban echados en la cama, y la sábana los cubría solamente hasta la cintura. Las ropas del periodista descansaban en una silla, mientras que el camisón y el picaro pantaloncito de Vanessa yacían tirados en el suelo.
—¿En qué pensabas, Barry?
—En los colmillos del diablo.
—Lo suponía.
—No puedo apartarlos de mi mente, Vanessa.
—Te estás obsesionando con ellos, Barry, y eso no es bueno.
—Tengo un extraño presentimiento, ¿sabes?
—¿Qué es lo que presientes?
—Que va a ocurrir algo en la casa del difunto Ronald Jenkins esta noche. O tal vez haya ocurrido ya.
Vanessa Cronin se estremeció, y no precisamente a causa de las caricias que le estaba prodigando su novio en los desnudos senos.
—Eso es una tontería, Barry.
—¿Acaso no ocurrió algo esta tarde?
—¿Y por qué tiene que volver a ocurrir esta noche?
—No lo sé. Te repito que es sólo un presentimiento, Vanessa.
—No sigas atormentándote con esos pensamientos, Barry. Tienes que olvidarte de los malditos colmillos del diablo.
—Me gustaría, pero no puedo.
—Yo te ayudaré.
—¿Cómo?
—Así —sonrió picaramente Vanessa, al tiempo que se colocaba encima de su novio. Lexter le cogió la rubia cabeza, elevó unos centímetros la suya, y la besó cálidamente en los labios.
—¿Quieres que hagamos otra vez el amor, nena?
—Está bien claro, ¿no?
—Me gustaría complacerte, pero...
—¿Qué pasa? ¿No te sientes con fuerza para repetir?
—No es eso —sonrió el periodista.
—¿Qué es, entonces?

—Me sería imposible concentrarme en el acto, Vanessa.
—Antes te concentraste, ¿no?
—Aún no me había asaltado el presentimiento de que en la casa del difunto Ronald Jenkins puede ocurrir algo grave.
Vanessa Cronin apretó los labios.
—Te repito que eso es una tontería, Barry.
—Tal vez, pero no me sentiré tranquilo si no voy a la casa del difunto Jenkins y compruebo personalmente que Karen y Susie están bien.
—¿Volver a la casa de Ronald Jenkins...?
—Sí.
—¿Ahora...?
—Sí.
—¡Estás loco, Barry!
—No estoy loco, sólo estoy preocupado.
—¡Los colmillos del diablo te están trastornando!
—No digas eso. Sabes que no es cierto.
Vanessa le puso las manos en los hombros y se los apretó con fuerza.
—No vuelvas a la casa del difunto Jenkins, Barry.
—Tengo que hacerlo, ¿es que no lo comprendes?
—Lo que ocurra allí, suponiendo que ocurra algo, no es cosa tuya, Barry.
—Ya sé que no lo es, pero soy el único que puede ayudar a Karen y Susie.
—Que llamen a la policía, si se ven en peligro.
—La policía tampoco cree en la leyenda que pesa sobre los colmillos del diablo.
Vanessa empezó a besarle.
—Te suplico que te quedes conmigo, Barry.
El periodista la rechazó con delicadeza.
—No insistas, por favor —rogó.
—Temo por ti, Barry.
—A mí no puede sucederme nada, Vanessa.
—¿Por qué estás tan seguro?
—No soy el dueño de los colmillos del diablo.
—Pero te gustaría destruirlos, antes lo dijiste.
—Es cierto. Y lo haré, si logro convencer a Susie de que es lo mejor.
—¿Y crees que los colmillos del diablo se dejarán destruir sumisamente por ti, sin presentar batalla?
Lexter no respondió, porque no había pensado en ello.
Su novia añadió:
—Si es cierto que esos colmillos tienen extraños poderes, los utilizarán contra ti y contra cualquiera que intente destruirlos, Barry. Se defenderán, y serán ellos los que destruyan a quien se atreva a acabar con su existencia.

El periodista sintió frío en la espalda.
—¿Pretendes asustarme, Vanessa?
Ella le acarició amorosamente el rostro con ambas manos.
—Lo único que pretendo es que no arriesgues tontamente tu vida, Barry. Te quiero, y si te ocurriera algo, yo...
Lexterla besó.
—Yo también te quiero, Vanessa. Y no me ocurrirá nada, tranquilízate.
—No podré estar tranquila si regresas a la casa del difunto Ronald Jenkins, Barry.
—Te telefonearé en cuanto llegue y sepa cómo se encuentran Karen y Susie, ¿de acuerdo?
—Barry...
El periodista la besó de nuevo, la apartó de encima de él, con suavidad no exenta de firmeza, y abandonó la cama, procediendo a vestirse con rapidez.
Vanessa le observaba, en silencio.
No quería insistir, porque sabía que no serviría de nada.
Barry estaba firmemente decidido a luchar contra los peligrosos colmillos del diablo, y nada ni nadie le detendría.
Y Vanessa intuía que iba a ser una lucha terrible. De ahí su temor y su angustia.
El periodista ya estaba prácticamente vestido, sólo le faltaba ponerse la chaqueta. Con ella en las manos, se acercó a la cama, se inclinó, y besó a su novia.
—Adiós, cariño.
—Ten mucho cuidado, Barry.
—Lo tendré, te lo prometo.
—Eres un granuja y un carota, pero no quiero perderte, ¿sabes?
—Tampoco yo quiero perderte a ti.
—Bésame otra vez, Barry.
El periodista volvió a unir su boca a la de ella.
Vanessa sonrió de forma picarona y preguntó:
—¿No te apetece besarme nada más, Barry...?
Lexter le miró los pechos.
—Ya lo creo que sí —respondió, y se los besó los dos, aunque sin recrearse en la acción, porque no quería perder tiempo.
Aun así, Vanessa tuvo un dulce estremecimiento.
El periodista se irguió.
—Te llamaré, nena.
—No te olvides, Barry.
—Descuida —sonrió el periodista, y salió de la habitación con paso raudo.

CAPITULO X

Susie Jenkins seguía velando el cadáver de su padre.
Se había sentado en el mismo sillón que ocupaba Karen, tenía las piernas cruzadas, y mostraba sus bonitas rodillas. Mantenía los codos apoyados en los brazos del sillón y con las yemas de los pulgares se sostenía la barbilla, mientras miraba con fijeza el rostro rígido y frío de su padre.
Se lo imaginó saliendo del ataúd, con los ojos abiertos y los colmillos del diablo emergiendo de su boca, y no pudo evitar que el vello se le pusiera de punta.
No, no debía pensar esas cosas.
Ella sabía que todo había sido una pesadilla de Karen, y no tenía por qué asustarse. Karen temía a los colmillos del diablo, pero ella no.
Con el fin de distraer sus pensamientos, rememoró el momento en que besó atrevidamente a Barry Lexter, el apuesto periodista del London Express, y sus labios se distendieron en una suave sonrisa.
Le gustó su manera de ceñirle la cintura, de apretarla contra su cuerpo, mientras le devolvía hábilmente el beso, explorando su...
Susie Jenkins interrumpió sus pensamientos.
Acababa de oír un grito.
Un alarido, más bien.
Largo.
Potente.
Desgarrador...
Susie brincó del sillón.
—Karen... —musitó, adivinando que el alarido lo había lanzado la viuda.
Casi al momento, se escuchó otro terrible aullido.
Susie salió corriendo de la habitación.
Estuvo a punto de chocar con Jenny, la doncella, una rubita de veintidós años que lucía un uniforme muy corto y muy ceñido, que dibujaba perfectamente sus acusadas formas.
—¡Señorita Susie! —exclamó la chica, con las facciones alteradas.
—¡Es Karen!
—¿Por qué gritará de ese modo...?
—¡Corramos y lo sabremos!
Susie y Jenny se dispararon hacia el dormitorio de Karen.
Mientras corrían, escucharon un tercer chillido, tan ensordecedor como los anteriores. Susie y Jenny alcanzaron la habitación de la viuda, con los ojos muy abiertos, reflejando un gran desconcierto.
También Jenny se había quedado perpleja.
Y es que ninguna de las dos comprendía por qué la viuda se agitaba de aquella manera en el suelo, prácticamente desnuda, protegiéndose

los pechos con las manos, mientras chillaba como si la estuviese mordiendo un perro rabioso.
Karen vio a la hija de Ronald y a la doncella.
—¡Socorro, Susie...! ¡Ayúdame, Jenny...! ¡Los colmillos del diablo me están atacando!
¡Me están destrozando los pechos...!
La perplejidad de Susie y Jenny se acentuó, porque ellas no veían que nada ni nadie estuviese atacando a la viuda.
—¿Qué está diciendo, señorita Susie...? —murmuró la doncella.
La hija del difunto Ronald apretó los dientes.
—Creo que Karen se ha vuelto loca, Jenny —rezongó—. Está imaginando cosas.
«Pobre señora Jenkins... La muerte del señor Jenkins la ha trastornado», pensó la doncella.
—Sí, eso debe ser. Vamos, ayúdame a calmarla, Jenny —pidió Susie, y se acercó a la viuda.
La doncella se apresuró a imitarla.
Se arrodillaron en el suelo, junto a Karen, y la sujetaron entre las dos.
—¡Ya basta, Karen! —gritó Susie, porque la viuda seguía debatiéndose como una posesa, su desnudo cuerpo totalmente cubierto de sudor.
—¡Los colmillos del diablo... !
—¡No están aquí!
—¡Se están clavando en mis pechos... !
—¡No es cierto!
—¡Los tengo cubiertos de sangre! ¡Me los están destrozando!
—¡No tienes una sola gota de sangre, Karen! ¡Tus pechos no tienen heridas, están intactos! ¡Díselo tú, Jenny!
—¡Es cierto, señora Jenkins! —habló la doncella —. ¡No hay sangre, no hay heridas! ¡Lo está imaginando usted todo, señora!
Karen se miró el busto, todavía con ojos espantados.
Al verlos limpios de sangre, y sin un solo rasguño, dejó de agitarse como una demente.
—No es posible... —musitó—. ¡Hace un momento tenía unas heridas espantosas! ¡Me las habían causado los colmillos del diablo, y la sangre salía a chorros, manchando todo mi cuerpo! ¡Me dolían terriblemente!
—¡Fue todo producto de tu imaginación, Karen! —aseguró Susie.
—¡No! ¡Vi claramente cómo los colmillos del diablo me atacaban, Susie!
—¿Los ves ahora, Karen?
La viuda los buscó en el aire, pero no los encontró.
—¿Los ves? —insistió Susie—. ¡Responde, Karen!
—No, ya no están en el aire... —respondió la viuda, con voz

temblorosa—. Se han marchado, Susie. Han vuelto a la caja fuerte del despacho de tu padre...
—¡No estuvieron aquí! ¡Nunca salieron de la caja fuerte!
De pronto, Karen respingó.
—¡El estuche!
—¿Qué?
—¡Estaba sobre la cama!
Susie y Jenny miraron hacia el lecho.
La primera dijo:
—Sobre la cama sólo está tu vestido, Karen.
La viuda irguió bruscamente su desnudo torso y miró también hacia el lecho.
—Ha desaparecido también... —musitó.
—Nunca estuvo ahí, Karen.
—¡Lo vi con mis propios ojos, Susie!
—Creíste verlo, que no es lo mismo.
—¡El estuche se abrió solo, y los colmillos del diablo se elevaron y...!
—¡Lo imaginaste todo, Karen! ¡Tu estúpido miedo te está haciendo ver visiones! ¡Creo que eso fue lo que ocurrió en la habitación donde instalamos el cuerpo de mi padre! ¡No te quedaste dormida, sino que empezaste a imaginar cosas y te desmayaste de terror! ¡El terror que te producen los colmillos del diablo!
La viuda no replicó esta vez.
Tal vez Susie tuviera razón.
Forzosamente debía tenerla, porque si ella no hubiera imaginado que los colmillos del diablo aparecían en su habitación y la atacaban, ahora tendría los pechos destrozados, chorreando sangre, tal y como los viera, o creyera verlos, minutos antes.
Y no era así.
Su busto estaba limpio e intacto.
Y había desaparecido por completo el dolor.
Karen se oprimió los senos y murmuró:
—Es para volverse loca, Susie.
—En un manicomio acabarás, desde luego, como sigas imaginando esas cosas tan terroríficas —rezongó la hija del difunto Ronald.
—¿Qué puedo hacer?
—Acostarte en la cama y dormir unas horas. Te hace falta.
—Tengo que velar a tu padre.
—Yo lo velaré, no te preocupes.
—Creo que voy a hacerte caso, Susie. La verdad es que no me encuentro nada bien.
—Nosotras te acostaremos. Ayúdame, Jenny.
—Sí, señorita.
Susie y Jenny levantaron a la viuda y la metieron en la cama tal como

iba, es decir, sin más prenda encima que las sugestivas braguitas de encaje.
—¿Se encuentra mejor, señora? —preguntó la doncella, cubriéndola con mimo.
Karen forzó una sonrisa.
—Sí, Jenny.
—Duérmete en seguida, Karen —aconsejó Susie.
—Lo intentaré, aunque no sé si podré.
—¿Por qué no te tomas un tranquilizante?
—No me gustan, ya lo sabes.
—Sí, pero dadas las circunstancias... Te ayudaría a conciliar el sueño y dormirías profundamente.
—La señorita Susie tiene razón, señora Jenkins —opinó la doncella.
Karen movió levemente la cabeza.
—Por favor, no insistáis. No quiero tranquilizantes.
—Está bien, como quieras. Vamos, Jenny —indicó Susie.
—¡No! —exclamó la viuda, levantando la cabeza de la almohada.
Susie y Jenny cambiaron una mirada.
La primera preguntó:
—¿Qué te ocurre, Karen?
—No quiero quedarme sola, Susie. Sería capaz de echarme de cabeza por la ventana, si volviera a ver o imaginar cosas relacionadas con los colmillos del diablo.
—Te creo —sonrió burlonamente la muchacha—. Quédate tú con ella, Jenny. Yo tengo que seguir velando a mi padre.
—Bien, señorita —respondió la doncella.
—Que descanses, Karen.
—Gracias, Susie.
La hija del difunto Ronald Jenkins salió de la habitación.

CAPITULO XI

Barry Lexter pulsó el timbre de la casa de Ronald Jenkins.

Tuvo que esperar algo más que la otra vez, aunque, como entonces, le abrió la hija del difunto.

—Hola, Susie.

—Barry... —murmuró ella.

—Te sorprende que haya vuelto, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Por qué lo has hecho?

—Me sentía intranquilo.

—¿Por qué motivo?

—Los colmillos del diablo.

—Karen ha dicho que puedo quedarme con ellos.

—Lo suponía.

—Voy a conservarlos, Barry.

—Susie...

—Has venido a eso, ¿eh? A tratar de convencerme de que deben ser destruidos.

—Es una de las razones, sí —confesó el periodista —. La otra...

—¿Cuál es esa otra razón, Barry?

—Verás, tenía el extraño presentimiento de que iba a suceder algo aquí esta noche. —¿En serio?

—¿No ha ocurrido nada?

—Sí y no.

Lexter entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir, Susie?

—Pues, que en realidad no ha sucedido nada, aunque Karen creyó que pasaban muchas cosas.

—¿Karen... ?

—La hemos tenido que acostar, Barry.

—¿Qué ocurrió, Susie?

—Me temo que Karen se está volviendo loca.

—No digas tonterías.

—Ve visiones, Barry. Imagina cosas. Unas cosas horribles. Y todo por el temor que le inspiran los colmillos del diablo.

—¿Qué fue exactamente lo que sucedió, Susie?

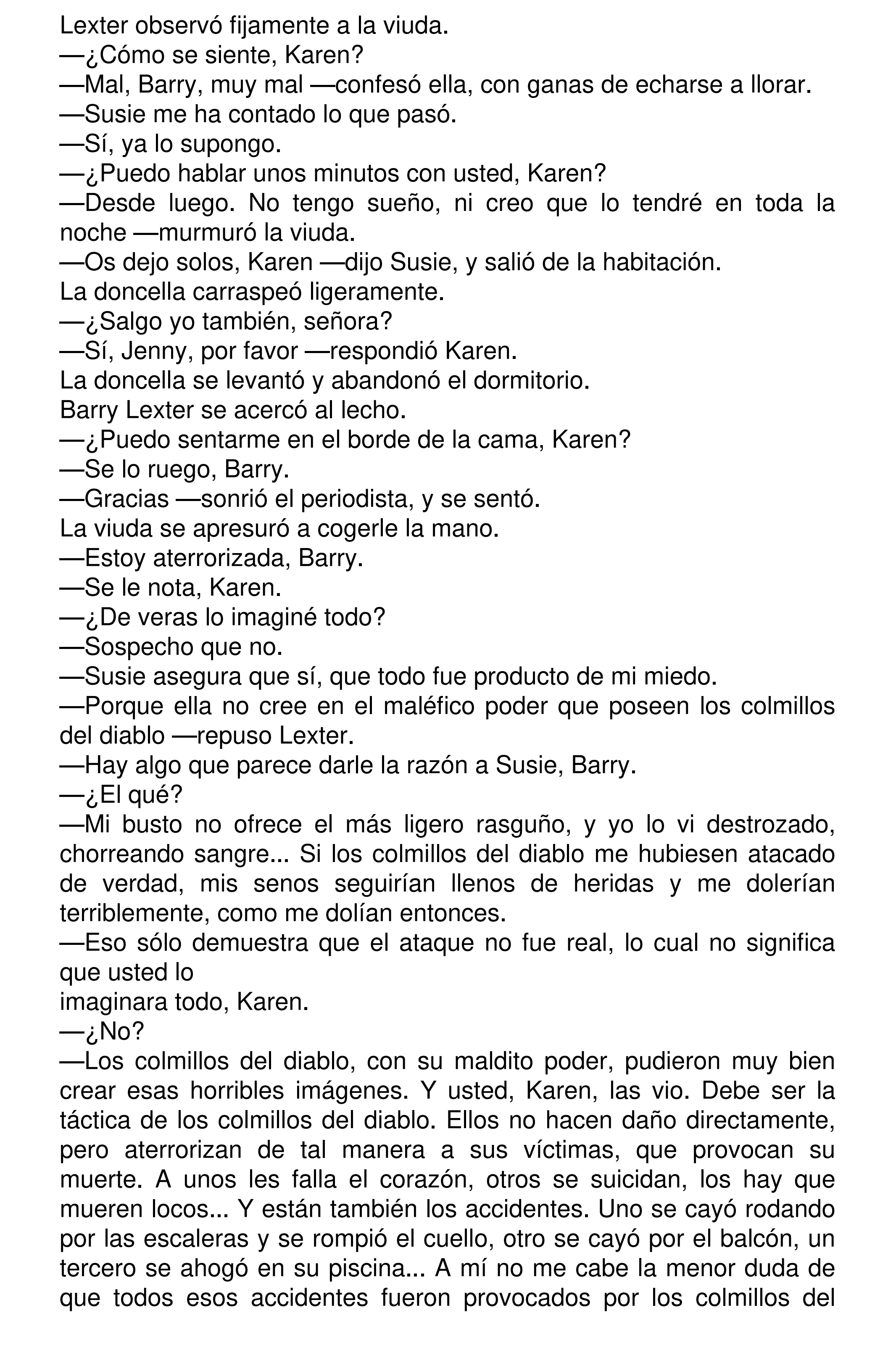
—Karen imaginó que mi padre abría los ojos, que le crecían en la boca unos colmillos idénticos a los del diablo, que se levantaba del ataúd... Más tarde, imaginó que los colmillos del diablo la atacaban como si tuvieran vida propia, que se clavaban en sus pechos desnudos, causándole unas heridas espantosas, de las que brotaba la sangre a chorros... Toda una serie de disparates, como puedes ver.

El periodista, que se había estremecido al escuchar las palabras de Susie Jenkins, dijo: —Quisiera hablar con Karen, Susie.

—Se habrá dormido ya, Barry.
—No creo que pueda conciliar el sueño, después de haber imaginado esas cosas tan horrorosas. Suponiendo que sea cierto que las imaginó, claro.
La hija del difunto Ronald Jenkins sonrió de forma burlona.
—¿Acaso crees posible que sucedieran en realidad, Barry...?
—De los colmillos del diablo se puede esperar cualquier cosa.
—Me dan ganas de reírme de ti, ¿sabes?
—Pues hazlo. No me molestaré, te lo aseguro.
Susie Jenkins alzó sus manitas y las posó en los hombros del periodista.
—No quiero reírme de ti, Barry.
—Prefieres besarme, ¿eh?
—Sí.
—Yo también lo prefiero —confesó Lexter, abarcándola por la cintura.
Susie se pegó a él y le besó en los labios.
Y Barry, naturalmente, le devolvió el beso con muchas ganas, porque la hija del difunto Ronald Jenkins merecía ser besada y abrazada así, con verdadera pasión.

* * *

A Karen Jenkins, efectivamente, le resultaba imposible conciliar el sueño después de lo sucedido. Tenía, además, miedo de dormirse, por si sufría pesadillas relacionadas con los colmillos del diablo.
Jenny, la doncella, se había sentado en un sillón, y observaba en silencio a la viuda.
Sentía pena por ella, porque adivinaba lo que estaba sufriendo.
—Cierre los ojos, señora —aconsejó—. Si los mantiene abiertos, no podrá dormirse.
—Me asusta, Jenny.
—¿Quedarse dormida?
—Si.
—Yo no me moveré de aquí, señora Jenkins. Velaré su sueño, y nada le sucederá.
—Puede sucederme en sueños, Jenny. Por eso no quiero dormirme.
—Entiendo.
—De todos modos, gracias por tu compañía, Jenny.
—No tiene por qué dármelas, señora. Usted ha sido siempre muy buena conmigo, y me encanta poder ayudarla.
Karen iba a responder, cuando la puerta se abrió y Susie entró en el dormitorio, acompañada del periodista del London Express.
Susie sonrió con ironía.
—Tenías razón, Barry. Karen sigue despierta.


Lexter observó fijamente a la viuda.
—¿Cómo se siente, Karen?
—Mal, Barry, muy mal —confesó ella, con ganas de echarse a llorar.
—Susie me ha contado lo que pasó.
—Sí, ya lo supongo.
—¿Puedo hablar unos minutos con usted, Karen?
—Desde luego. No tengo sueño, ni creo que lo tendré en toda la noche —murmuró la viuda.
—Os dejo solos, Karen —dijo Susie, y salió de la habitación.
La doncella carraspeó ligeramente.
—¿Salgo yo también, señora?
—Sí, Jenny, por favor —respondió Karen.
La doncella se levantó y abandonó el dormitorio.
Barry Lexter se acercó al lecho.
—¿Puedo sentarme en el borde de la cama, Karen?
—Se lo ruego, Barry.
—Gracias —sonrió el periodista, y se sentó.
La viuda se apresuró a cogerle la mano.
—Estoy aterrorizada, Barry.
—Se le nota, Karen.
—¿De veras lo imaginé todo?
—Sospecho que no.
—Susie asegura que sí, que todo fue producto de mi miedo.
—Porque ella no cree en el maléfico poder que poseen los colmillos del diablo —repuso Lexter.
—Hay algo que parece darle la razón a Susie, Barry.
—¿El qué?
—Mi busto no ofrece el más ligero rasguño, y yo lo vi destrozado, chorreando sangre... Si los colmillos del diablo me hubiesen atacado de verdad, mis senos seguirían llenos de heridas y me dolerían terriblemente, como me dolían entonces.
—Eso sólo demuestra que el ataque no fue real, lo cual no significa que usted lo
imaginara todo, Karen.
—¿No?
—Los colmillos del diablo, con su maldito poder, pudieron muy bien crear esas horribles imágenes. Y usted, Karen, las vio. Debe ser la táctica de los colmillos del diablo. Ellos no hacen daño directamente, pero aterrorizan de tal manera a sus víctimas, que provocan su muerte. A unos les falla el corazón, otros se suicidan, los hay que mueren locos... Y están también los accidentes. Uno se cayó rodando por las escaleras y se rompió el cuello, otro se cayó por el balcón, un tercero se ahogó en su piscina... A mí no me cabe la menor duda de que todos esos accidentes fueron provocados por los colmillos del

diablo, creando imágenes espeluznantes, capaces de horrorizar al más pintado. Como las que vio usted, Karen. Su difunto marido abriendo los ojos, saliendo de su ataúd con unos colmillos idénticos a los del diablo asomando en su boca... Y, más tarde, el ataque de los colmillos del diablo, clavándose en sus pechos desnudos, haciendo brotar la sangre... Eso no hay ser humano que lo resista.

La viuda se mordió los labios.

—Yo lo resistí, Barry. Debo tener un corazón muy fuerte.

—Seguro que sí —sonrió suavemente el periodista.

—De todos modos, creo que no resistiría una nueva sesión de terror tan intensa como las dos que he vivido esta noche. Si los colmillos del diablo vuelven a escogerme como víctima, será el final, porque me arrojaré por la ventana. Si antes no sufro un ataque
cardíaco, claro.

Lexter le apretó cariñosamente la mano.

—Tranquilícese, Karen. Los colmillos del diablo no volverán a aterrorizarla.

—¿Cómo lo sabe?

—Voy a destruirlos. Esta misma noche.

—No me pertenecen, Barry. Susie es ahora su dueña. Su padre le prometió que...

—Lo sé, lo sé —la interrumpió el periodista—. Susie me lo contó, antes de marcharme.

—Entonces, sabrá que quiere conservarlos...

—La convenceré de lo contrario.

—Dudo que lo consiga, Barry. Susie es una muchacha muy testaruda. Y como ella no teme a los colmillos del diablo...

Todavía flotaban en el aire las palabras de la viuda, cuando se escuchó un chillido de terror.

Y Barry adivinó que lo había emitido Susie Jenkins.

CAPITULO XII

Cuando salió del dormitorio de Karen, Susie se dirigió directamente a la habitación en donde se hallaba instalado el féretro en el que descansaban los restos mortales de su padre.
Intuía que Barry y Karen conversarían durante bastantes minutos, y por eso los había dejado solos. Cuando acabase de hablar con la viuda, el periodista ya la buscaría, seguramente para seguir insistiendo en la destrucción de los colmillos del diablo.
Susie sonrió.
Barry Lexter no conseguiría convencerla, por mucho que insistiera, aunque a ella no le molestaría que él intentara de nuevo hacerla cambiar de parecer.
En cierto modo se alegraba, pues ello le permitiría estar nuevamente a solas con el atractivo periodista. Se besarían, se abrazarían, y quizá él se atreviera a deslizarle la mano por el escote para acariciar sus pechos juveniles, erectos y duros, cálidos, suaves...
Instintivamente, la muchacha se llevó las manos a los senos y los oprimió por encima del vestido, imaginándose que eran las manos de Barry Lexter las que aprisionaban sus pechos.
De pronto, Susie retiró las manos de su busto.
Se encontraba ya en la habitación donde reposaba el cadáver de su padre, y no le parecía bien pensar en aquellas cosas mientras lo velaba.
¿Qué pensaría su padre, si supiera que ella...?
Desgraciadamente, él ya no podía pensar en nada.
Estaba muerto, y los muertos no piensan.
Ni ven, así que su padre no podía haber visto que ella se llevaba las manos a los senos y se los oprimía, dominada por sus eróticos pensamientos.
A pesar de todo, Susie se sintió avergonzada.
Cerró un instante los ojos y murmuró:
—Perdóname, papá.
—¿Por qué?
Susie dio un nervioso respingo en el sillón, al tiempo que abría los ojos con brusquedad. ¡Era la voz de su padre!
¡Había hablado!
Susie se llevó las manos a las sienes.
No, no podía ser.
Los muertos no hablan.
Sin duda había imaginado que su padre le respondía.
Y la culpa la tenía Karen, por haberle contado aquellas cosas tan horribles que ella había creído ver.
Susie siguió observando el cadáver de su padre, con los ojos de par

en par, sin dar un solo pestañeo.
—Qué estúpida soy —se recriminó a sí misma—. Imaginar que tú me respondías, papá. Todavía no se había extinguido totalmente el eco de las palabras de la muchacha, cuando el difunto Ronald Jenkins abrió los ojos de golpe y miró a su hija.
Una oleada de frío estremeció el cuerpo de Susie, desde el cabello a las uñas de los pies. Hubiera querido saltar del sillón, pero el terror parecía sujetarla a él con sólidas correas. El difunto movió sus amarmolados labios y habló:
—¿Qué tengo que perdonarte, Susie?
La aterrada muchacha volvió a estremecerse de arriba abajo.
—Dios mío, no es posible... —musitó—. ¡Estoy viendo visiones, como Karen!
El muerto irguió el torso lentamente y quedó sentado en el ataúd.
—No estás viendo visiones, Susie.
—¡Tú no puedes hablar, papá! ¡Ni moverte! ¡Estás muerto, eres sólo un cadáver!
—Estoy muerto, es cierto. Pero los colmillos del diablo, con su poder, me permiten hablar y moverme.
—¡No es posible!
—Voy a salir del ataúd, Susie.
El difunto se puso lentamente en pie, al tiempo que descorría sus labios, como si quisiera sonreír.
Y fue entonces cuando la horrorizada Susie descubrió el par de colmillos dorados y brillantes que habían aparecido en la dentadura de su padre.
Eran de oro.
¡Los colmillos del diablo!
Más pequeños, pero idénticos a ellos.
Igual de afilados.
Igual de fieros.
Igual de terroríficos.
Susie observó que los colmillos se estaban desarrollando con rapidez, y se sintió desfallecer de pánico.
La pesadilla de Karen se estaba haciendo realidad.
¿O no fue una pesadilla lo que la viuda sufrió...?
Susie ya no sabía qué pensar.
Ella no quería creer lo que sus desorbitados ojos estaban viendo, pero no tenia más remedio que admitirlo. Su padre se había levantado del ataúd, tenia los ojos abiertos, y la miraba con una frialdad que ponía los pelos de punta.
Con todo, lo más horrible eran los colmillos del diablo incrustados en su dentadura, lo que le daba un aspecto de bestia asesina que producía un pánico cerval.

Susie vio que su padre sacaba una pierna del ataúd, y eso la hizo brincar del sillón como si le hubiesen clavado sendos alfileres en sus prietas nalgas.
—¡No! —gritó.
El difunto Ronald Jenkins se quedó muy quieto, con una pierna fuera del féretro y la otra dentro.
—¿Qué te sucede, Susie?
—¡Echate de nuevo en el ataúd! —ordenó la aterrorizada joven.
—¿Por qué?
—¡Porque estás muerto, y los muertos no salen de paseo!
—Yo si puedo hacerlo, gracias a los colmillos del diablo.
—¡No es cierto! ¡Tú no te has movido del ataúd, no me has hablado, no has abierto los ojos! ¡Lo estoy imaginando todo, por culpa de Karen! ¡Me ha metido el miedo en el cuerpo sin que yo me diera cuenta!
—Te equivocas, Susie. Karen no imaginó nada, todo fue real. Yo quería besarla, pero se desmayó cuando me vio abandonar el ataúd.
—¡Mientes!
—Susie, pequeña... —dijo el difunto, sacando la otra pierna del féretro.
La muchacha dio un salto.
—¡Atrás, visión!
—No soy una visión, Susie. Soy tu padre, y quiero besarte.
—¡Morderme, querrás decir!
—¿Por qué piensas eso?
—¡No creo que lleves esos horribles colmillos en la boca de adorno!
El difunto sonrió cavernosamente.
—Tienes razón. Susie. Deseo morderte en el cuello y chupar tu sangre caliente y deliciosa.
—¡Vampiro!
—Ven aquí, pequeña.
—¡No! —gritó Susie, dando otro salto hacia atrás.
—De nada te servirá huir. Los colmillos del diablo pueden desprenderse de mi boca y volar hacia ti como pájaros, Susie. Se clavarán en tu cuello, en tus bonitos pechos, en tu vientre, en tu precioso trasero...
—¡Nada de eso es cierto!
—Te lo demostraré, pequeña.
Efectivamente, los colmillos del diablo abandonaron la dentadura del difunto Ronald Jenkins y, volando como pájaros, se lanzaron hacia el cuello de la muchacha, para incrustarse en él.
Y fue entonces cuando Susie lanzó el agudo chillido de terror que Barry y Karen oyeron desde el dormitorio.

* * *

El periodista del London Express soltó la mano de la viuda de Ronald Jenkins y brincó de la cama. —¡Creo que es Susie, Karen! —exclamó.
—¡Algo le sucede, Barry! —adivinó Karen Jenkins, incorporando el torso con brusquedad.
Como no tuvo la precaución de sujetar la sábana contra su pecho, ésta resbaló y la dejó con los senos al aire. Sólo fue un par de segundos, porque la viuda se dio cuenta de que mostraba totalmente sus exuberantes pechos y se apresuró a cubrírselos con la traviesa sábana.
Dos segundos, sin embargo, fueron suficientes para que Barry Lexter comprobara que Karen Jenkins poseía un busto sensacional, pero como intuía que Susie se hallaba en grave peligro, no hizo ningún comentario sobre la involuntaria caída de sábana y dijo:
—¡Los colmillos del diablo, Karen!
La viuda se estremeció visiblemente.
—¿Estarán atacando a Susie, Barry...?
—¡Me temo que sí! ¡Corro a averiguarlo, Karen! —dijo el periodista, y se disparó hacia la puerta.
Karen Jenkins saltó de la cama y se envolvió con la sábana con una rapidez asombrosa.
—¡No quiero quedarme sola, Barry!
Lexter, que ya había alcanzado la puerta, la abrió de golpe y salió al corredor.
Allí estaba Jenny, la doncella, pálida y con los labios temblorosos.
—¡Es la señorita Susie! —exclamó.
—¡Cuida de la señora, Jenny! —indicó Barry, y se disparó de nuevo.
Justo en ese instante, salía Susie Jenkins de la habitación en donde había estado velando el cadáver de su padre.
El periodista se detuvo un momento.
—¡Susie! —gritó.
La aterrorizada muchacha no le hizo ningún caso, y corrió hacia la escalera como si la persiguieran todos los demonios del infierno.

CAPITULO XIII

Barry Lexter se estremeció.

Sabía lo que ocurriría si Susie Jenkins alcanzaba la escalera y descendía por ella corriendo de una manera tan alocada. Se produciría la caída y la muchacha se rompería la cabeza al estrellarse contra los escalones.

Otras víctimas de los malditos colmillos del diablo habían perecido así, Susie no sería la primera.

Con el fin de evitar el fatal accidente, el periodista del London Express se lanzó en persecución de la aterrada joven a una velocidad que, de haberla desarrollado en una pista de atletismo, seguramente habría batido algún récord.

¡Los talones le golpeaban el trasero!

Lo malo era que a Susie también le tocaban el trasero los suyos.

Y ella estaba mucho más cerca de la escalera.

Sería imposible alcanzarla antes de que empezara a descender por ella a saltos, perdiera el equilibrio, y se propinara el mortal batacazo.

—¡Detente, Susie! —gritó Barry.

La joven pareció no oírle.

Ya sólo la separaban unos pocos metros de la escalera.

—¡Párate, Susie! —insistió el periodista, redoblando sus esfuerzos por dar alcance a la muchacha—. ¡No bajes esa escalera, te matarás!

Fue inútil.

Y es que, en realidad, Susie Jenkins no oía más voz que la de su padre, diciéndole que los colmillos del diablo se lo iban a morder todo, que la iban a destrozar.

Y, como la muchacha estaba convencida de que los diabólicos colmillos la perseguían, volando por el aire como si tuvieran vida propia, cada vez corría con más ganas, para que los colmillos del diablo no le dieran alcance y se clavaran en su cuerpo.

—¡Susie...! —chilló Barry Lexter, al ver que la joven se lanzaba como loca escaleras abajo.

Y, lo que el periodista temía, ocurrió.

A Susie le falló un pie, perdió el equilibrio, y cayó rodando por los peldaños, golpeándose duramente contra ellos y en distintos puntos de su cuerpo.

—¡Dios, no! —rugió Barry, frenándose en lo alto de la escalera.

Susie Jenkins caía muy de prisa por ella.

Llegó abajo en sólo unos segundos, y allí quedó tendida, muy quieta, sangrando por la boca, por la nariz, por una ceja...

La posición de su cabeza hacía sospechar lo peor.

Susie parecía haberse fracturado el cuello en la terrible caída.

Barry, con el estómago encogido, bajó a averiguarlo.

* * *

Desgraciadamente, así había sido.
Susie Jenkins se había roto el cuello en la caída.
Estaba muerta.
Barry Lexter le tocó el lado izquierdo del cuello, buscando la arteria carótida, pero no la encontró, porque ya no latía.
En lo alto de la escalera, aparecieron Karen y Jenny, la viuda envuelta en la sábana. Ambas se quedaron paradas al ver tirada a Susie, ensangrentada, inmóvil, con aquella horrible postura de su cabeza, anunciando la fractura de su cuello... y su muerte.
—Dios mío, Susie... —pronunció quedamente la viuda de Ronald Jenkins, sintiéndose tambalear.
Barry temió que Karen se cayera también por las escaleras, y se apresuró a indicar: —Cógela, Jenny.
La doncella, terriblemente impresionada también, sostuvo a la viuda.
—Valor, señora.
Barry se irguió y subió la escalera, reflejando en su rostro la pena y la rabia que le habían producido la muerte de Susie Jenkins. Pena, porque se trataba de una muchacha de sólo dieciocho años, bonita, simpática, con toda la vida por delante. Y rabia, porque los malditos colmillos del diablo habían acabado con esa vida joven y alegre, llena de vitalidad, como antes habían acabado con otras muchas vidas.
El periodista llegó arriba y, con voz ronca, dijo:
—Lo siento, Karen. No pude evitar que Susie alcanzara la escalera y rodara aparatosamente por ella. Se hallaba dominada por el terror, y no me hizo caso cuando le grité que se detuviera.
La viuda, con lágrimas en los ojos, preguntó: —¿Está muerta?
Lexter asintió con la cabeza, gravemente.
—Se rompió el cuello.
Karen Jenkins se cubrió el rostro con una mano y rompió en amargos sollozos. —¡Oh!, cielos, no...
La doncella tampoco pudo contener las lágrimas.
—Pobre señorita Susie...
—Tenemos que acabar con los colmillos del diablo, Karen —habló de nuevo Barry. La viuda retiró la mano de su cara y lo miró a través de sus lágrimas, aunque no acertó a pronunciar palabra alguna, porque el pesar la ahogaba.
El periodista añadió:
—Ya no le pertenecen a Susie, porque ha muerto. Y, aunque no se hubiera matado en la caída, estoy seguro de que no se habría opuesto a su destrucción, porque ya se había convencido del maléfico poder de los colmillos del diablo. Ellos la aterrorizaron, creando imágenes

espeluznantes, y la obligaron a lanzarse hacia la escalera como una loca. Tenemos que destruirlos, Karen, para que no puedan aterrorizar a nadie más.
La viuda movió débilmente la cabeza.
—Sí, Barry —murmuró—. Tenemos que acabar con los temibles colmillos del diablo, antes de que ellos acaben con todos nosotros.
—¿Tiene un crucifijo, Karen?

* * *

La pregunta de Barry Lexter sorprendió tanto a Karen Jenkins como a Jenny, la doncella. —¿Cómo ha dicho, Barry...? —preguntó la viuda.
—Un crucifijo.
—¿Para qué lo necesita?
—Para enfrentarme a los colmillos del diablo.
Karen y Jenny se estremecieron.
Barry explicó:
—La cruz es el símbolo de Dios, y contra El nada puede hacer el diablo. Si llevo un crucifijo en mi mano, cuando me acerque a los colmillos del diablo, anularé su diabólico poder y nada me ocurrirá. En cambio, si intento aproximarme a ellos sin la protección del crucifijo, cualquiera sabe lo que puede ocurrir.
Karen cambió una mirada con la doncella.
—Acompáñame a mi dormitorio, Jenny. Tengo un crucifijo en el cajón de mi mesilla de noche.
—Sí, señora.
—Iré con ustedes, Karen. No quiero dejarlas solas —dijo el periodista.
La viuda tuvo un ligero titubeo.
—Tengo que vestirme, Barry.
—Prometo no mirar, no se preocupe.
Karen recordó que el periodista ya vio bastante, cuando ella se irguió con brusquedad y le resbaló la sábana, así que accedió.
—De acuerdo, Barry. Es mejor que estemos los tres juntos.

* * *

Lo primero que hizo Karen Jenkins, cuando entraron los tres en su dormitorio, fue tomar el crucifijo que guardaba en el cajón de su mesilla de noche y entregárselo al periodista. —Tenga, Barry.
—Ahora, si no tiene inconveniente en volverse un minuto...
—Por supuesto que no.
—Gracias.
Barry Lexter dio la espalda a la viuda, y ésta, con la ayuda de la doncella, se despojó de la sábana y se puso el negro vestido y los zapatos.

—Ya estoy vestida, Barry.
El periodista se volvió e indicó:
—Vamos, Karen.
Salieron los tres del dormitorio y echaron a andar por el corredor.
Súbitamente, el difunto Ronald Jenkins surgió de la habitación en donde se hallaba instalado su féretro y les cortó el paso.
Karen y Jenny se pusieron a chillar, horrorizadas.
Barry, aunque también se impresionó lo suyo, no perdió la serenidad y exclamó:
—¡Tranquilas, es sólo una imagen creada por los colmillos del diablo! ¡Yo la haré desaparecer!
El periodista extendió el brazo derecho, en cuya mano sostenía el crucifijo, y rugió:
—¡Esfúmate, imagen falsa!
El difunto Ronald Jenkins desapareció en el acto.
Karen y Jenny dejaron de chillar, asombradas.
Barry, satisfecho de haber sabido encontrar la manera de combatir a los colmillos del diablo, sonrió levemente y dijo:
—Podemos continuar.
Reanudaron los tres su avance por el corredor.
Al pasar por delante de la habitación en donde se hallaban los restos mortales de Ronald Jenkins, pudieron comprobar que el cadáver de éste descansaba rígidamente en su féretro, con los ojos cerrados y sin los colmillos del diablo asomando por su boca.
—Esto ya es más normal —comentó Barry Lexter, y siguió caminando, seguido muy de cerca por Karen y Jenny.
Alcanzaron la escalera y descendieron por ella.
De pronto, el cadáver de Susie cobró vida y se puso en pie.
Karen y Jenny chillaron de nuevo, pero Barry, en otro alarde de sangre fría, le enseñó el crucifijo a la aparentemente resucitada Susie y rugió:
—¡Desaparece, imagen creada por el Mal!
La falsa imagen de Susie Jenkins se esfumó al instante, y su verdadero cuerpo volvió a aparecer al pie de la escalera, tal y como quedara tras la mortal caída.
Karen y Jenny enmudecieron.
Barry dijo:
—Los colmillos del diablo tratan de impedir que lleguemos hasta ellos, pero no lo van a conseguir.
Siguieron bajando las escaleras.
Después, se dirigieron al despacho del difunto Ronald Jenkins.
Lo alcanzaron sin novedad, pero tan pronto como entraron en él, surgieron en el aire los colmillos del diablo y se proyectaron veloces contra Barry Lexter.

Karen y Jenny, naturalmente, chillaron de nuevo, pero el periodista, con su característico aplomo, se defendió con el crucifijo y los colmillos del diablo desaparecieron.
—Era otra imagen falsa —explicó Barry—. Los auténticos colmillos del diablo están en la caja fuerte. Abrala usted, Karen —pidió.
La viuda, esforzándose por dominar su pánico, marcó la combinación y abrió la caja, retirándose al instante de ella.
Barry Lexter, siempre con el crucifijo por delante, tomó el precioso estuche que guardaba los colmillos del diablo, lo puso sobre la mesa, y lo abrió.
Los colmillos del diablo quedaron visibles.
El periodista les acercó el crucifijo, firmemente empuñado, hasta casi rozarlos con él. Entonces, ocurrió algo sorprendente.
¡Los colmillos de oro macizo habían empezado a desintegrarse!
¡Estaban desapareciendo!
Barry Lexter se impresionó, pero como adivinaba que aquél era el final de los colmillos del diablo, no retiró el crucifijo, sino que lo mantuvo casi pegado a las malditas joyas hasta que no quedó ni rastro de ellas.
Entonces, murmuró:
—Se acabaron los colmillos del diablo y se acabó también su leyenda. El Bien ha triunfado sobre el Mal.

EPILOGO

Vanessa Cronin era un puro manojo de nervios, porque Barry Lexter había prometido llamarla en cuanto llegara a la casa del difunto Ronald Jenkins y comprobara que Karen y Susie estaban bien, pero pasaba el tiempo y el teléfono no sonaba.

Por fin, sonó el timbre.

¡Pero no el del teléfono, sino el de la puerta del apartamento!

Vanessa brincó de la cama, se enfundó la bata, y corrió a abrir.

—¡Barry! —gritó, por el camino.

Efectivamente, era el periodista del London Express.

—¿Qué ha pasado, Barry? ¿Por qué no me telefoneaste?

Lexter le contó a su novia todo lo que había sucedido en la casa del difunto Ronald Jenkins.

Vanessa Cronin, lógicamente, quedó terriblemente impresionada.

—Así que Susie ha muerto... —musitó.

—Sí. Para todo el mundo habrá sido un accidente casual, pero Karen, Jenny, tú y yo sabemos que lo provocaron los colmillos del diablo. Lo mismo que el ataque cardíaco que puso fin a la vida de Ronald Jenkins.

Lamentablemente, no lo podemos demostrar, pero hemos destruido los malditos colmillos del diablo, que es lo importante. No podrán hacer daño a nadie más, porque ya no existen.

Vanessa se abrazó a su novio.

—Debió ser espantoso, Barry.

—Realmente lo fue, cariño.

—Tardarás en olvidarlo, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Volvamos a la cama, Barry. Debes estar agotado.

—Estoy cansado, sí. Pero creo que aún podré hacerte el amor otra vez, antas de

dormirme —sonrió el periodista.

Vanessa también sonrió.

—Conste que yo no te lo exijo, ¿eh?

—Pero te lo mereces, por ser tan paciente y tan comprensiva conmigo.

—Eso es verdad.

Se besaron y, abrazados, echaron a andar hacia el dormitorio, para amarse de nuevo antes de dormirse.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España